

¿HUMANO?

ROY ROWAN

HUMANO

Título Original: *¿Humano?*

Colección: Espacio. El Mundo Futuro 397
UUID: a8645fde-5e54-4f91-b08e-3e18eb122d37
Generado con: QualityEbook v0.76

¿HUMANO?

El hombre, desde su creación, ha sido siempre un ser racional que obra según los impulsos de su cerebro, que se alimenta, sufre, lucha, mata por sobrevivir y forja su propia existencia.

En una palabra: vive.

Desde cientos, miles de siglos, siempre fue así; llámese el nombre que se quiera, habite en cualquier punto de la Tierra, o cual fuere su color exterior.

El hombre era hombre. Incluso hasta la muerte formaba parte de él como una cosa lógica, por trágica que pareciese durante todo su existencia, hasta el último momento, el último hálito…

Pero ¿qué pasaría si el «homo» dejase de pensar, de tener iniciativa propia, sentir deseos que le indujesen a cumplir actos por los que tuviese que luchar? ¿Qué ocurriría entonces?

¿Cambiaría la humanidad? ¿Sería todo diferente?

Cualquier persona versada en la materia respondería diciendo que el hombre dejaría de ser tal para convertirse en algo…, en algo difícil de imaginar.

¿Una máquina? ¿Un ser vivo con alma muerta?

¿Quién sabe?

¿Cómo quién lo sabe?… ¡Lo sé yo…!

¿Y quién soy yo?

¡Ah, sí! Yo soy JZAs946573, colaborador directo de «CMDMO-Cero», *Conjunto Mecánico de Dirección Mental y Orgánica*, gracias a mis aptitudes, según se ha comprobado

Soy un hombre. O, por lo menos, así reza en mis documentos de identificación. Y no tengo iniciativa propia. Obedezco ciegamente a «CMDMO-Cero».

La verdad es que sí tengo iniciativa propia; por ese motivo escribo todo esto… ¡Porque es lo que pienso!

Ya que no puedo expresarlo por mis propios labios, lo dejo impreso en este borrador. ¡Y lo hago con rabia, es cierto; mucha rabia!

Odio ese nombre mío, esas letras y esos números. ¿Por qué no podré dejar de ser un instrumento y convertirme en un HOMBRE de verdad?

El apellido de mi padre y el de mi abuelo era Joffer. Yo también soy Joffer, Max Joffer; pero sólo para mí. Para los demás, soy otro número y otras letras.

Me olvidaba de «CMDMO-Cero». Si no puedo decir lo que pienso, es por ella, o por él…, ¡o por ello! ¡Ni siquiera sé cómo describir a ese *Conjunto Mecánico de Dirección Mental y Orgánica*!

Es…, ¿cómo diría yo?… Algo parecido a una máquina, un cerebro electrónico de dimensiones que alcanzan lo ilimitado, si es que esto se concibe.

La Luna tiene una superficie de 37.000.000 de kilómetros cuadrados; pues bien, «CMDMO-Cero» cubre la mitad justa de esta extensión.

Quiero describirla bien porque quizás algún día la humanidad se convenza del error que comete y la destruya. Entonces, yo respiraré tranquilo. A veces me pregunto el motivo de que me haya mandado tan junto a «ella» —la designo como del género femenino porque, a fin de cuentas, es una máquina.

El motivo de mi estancia aquí no lo he sabido jamás, como ninguno de los hombres que habitamos en la Tierra o la Luna sabe por qué ha escogido este oficio o aquél, incluso la esposa, el lugar dónde vive, el sitio donde pasa las vacaciones, los alimentos… ¡todo!

Todo, en el sentido exacto de la palabra, lo piensa, lo decide y lo ordena «CMDMO-Cero».

Yo me llamo JZAs946573 porque «ella» lo ha querido así. Y soy colaborador directo porque también ha sido ordenado así.

Pero, a pesar de todas estas cosas, yo sigo pensando. No sé hasta cuándo, ni tampoco si me descubrirá «ella». Sin embargo, lo hago y estoy orgulloso.

Soy ingeniero en electrónica, con diversas especializaciones, alto, bastante fuerte y ni feo ni guapo; como se «decía» vulgarmente. Sí, deseo ser como «eran» y vulgar si así es preciso.

¡Todo antes que un esbirro, un número, una cosa fría y con tres cuartos de muerte como son los demás!

Bueno, todos no, pero sí la mayoría.

Temo que, en cualquier de las revisiones quincenales, esa horrible máquina sospeche de mi integridad mental y eso signifique mi perdición. No obstante, a pesar de los temores que eso me

produce, para mí sería como una satisfacción interior.

¡Sería hombre!

La última Revisión Mental la pasé hace catorce días, exactamente el primero de octubre de 2.873, por lo que mañana he de pasar otra nuevamente.

Por regla general, los colaboradores directos de «CMDMO-Cero» somos elegidos y pocos de nosotros dan muestras de debilidad mental, según expresión de «ella». En total, somos unos cuatrocientos mil los que habitamos en la Luna.

En la Tierra es diferente; a pesar de los siglos pasados, todavía quedan hombres, personas reacias a obedecer los mandatos de «ella» y que son enviados a los campos de Refortalecimiento Mental.

De allí, la mayoría salen preparados para la vida mecánica, tal y como yo la llamo. Los otros, los que son considerados como casos inútiles, pasan directamente a los campos de ensayo, ordenados y dirigidos por «CMDMO-Cero».

Unos, para viajes de ensayo; otros, para los experimentos de longevidad… Convertidos en cobayos humanas…

Inclusive la natalidad es controlada rigurosamente, pues no podemos habitar en otros planetas Todos, menos la Luna, están habitados por seres extraños con los que tuvimos que luchar durante siglos.

Primero, la Guerra Oriente-Occidente, tras la que apenas quedaron ejemplares de nuestra especie. Luego, cuando la Tierra volvió a repoblarse y el hombre sintió deseos de expansión, se viajó a otros mundos y a otras galaxias.

Luchas, guerras bacteriológicas, batallas robóticas, en las que el hombre únicamente tenía que dirigir a ingentes formaciones de soldados-robots, que luchaban hasta exterminarse con los robots de otras civilizaciones.

Más tarde, luchas por el territorio y la supervivencia en la Tierra, donde los espacios habitables se hacían cada vez más reducidos y codiciados, ciudades submarinas, verdaderas megápolis sumergidas que estuvieron a punto de exterminar la fauna marina.

Nuestro mundo se iba convirtiendo, cada vez más en un infierno más cruel y satánico. La vida perdió por completo su valor, los alimentos escaseaban y el índice de mortalidad violenta era cada día más elevado.

De pronto, apareció «CMDMO-Cero», y unos cuantos millones de personas desaparecieron misteriosamente, por lo que la gente empezó a creer en la máquina como en un ser Supremo. Fue venerada por las mayorías y pronto sus órdenes fueron acatadas rigurosamente.

El hombre, ante las experiencias pasadas, prefería convertirse en «nada», obedecer y dejarse llevar sumisamente en una inconsciencia total.

Yo, por ejemplo, vivo con mi madre. Mi progenitor murió mientras veníamos a la Luna, en un accidente de la astronave, y nos dejó solos.

Julie, mi madre, es muy cariñosa y la quiero mucho. Sin embargo, yo sufro. No es lo que era ni mucho menos.

Sus ojos han perdido aquel brillo, aquella viveza de antaño. Las conversaciones que antes sosteníamos ya han cesado ¿De qué vamos a hablar?

Todo lo sabemos de memoria, con tal exactitud que a mí me crispa los nervios. La vida es tan metódica, que hace tiempo perdí las ilusiones, esperanzas, deseos…, hasta mis pensamientos creo que a veces no coordinan de modo adecuado…

Mañana…

I

—¡Hijo!

—Voy, madre; espera un segundo —replicó Max en tono de súplica

—No, hijo; son las veinte treinta y dos. A las veintiuna trece has de estar durmiendo.

JZAs946573 rezongó algo para sus adentros y guardó el borrador de plástico.

¡Malditas horas, minutos y segundos! ¡Siempre igual!

A las veintiuna trece, debía estar roncando como un bendito hasta las ocho horas y cuatro minutos con tres décimas. El reloj atómico de la casa-apartamento marcaba todos los movimientos que debería realizar, y a las nueve once tendría que estar en su sillón giratorio frente a los mandos de Revisión Mental de la sección B.

Había llegado a odiar tanto aquello, que ya no sabía cómo soportar la terrible rabia que lo invadía.

Salió de la habitación de relajamiento físico y mental y se acercó a su madre, que estaba preparando la mesa. Sobre ella se veían ya la casi totalidad de los alimentos a ingerir, todos sintéticos y esterilizados.

—¿Qué hacías, hijo?

Julie tendría unos cincuenta años, de estatura alta. Vestía unas ropas cristalizadas, de color muy oscuro, y sus movimientos eran tranquiles.

—Escribir, madre.

—¿Escribir?… ¿El qué? Tu trabajo termina a las quince doce.

Max recordó su falta de tacto. Debía haberle contestado con cualquier otra excusa. El correo había dejado de existir ocho siglos atrás, ahora, bastaba conectar la pantalla televisora de canal doble para conversar y ver a la persona deseada aunque ésta se hallase en la Tierra.

—Tomaba unos apuntes.

—Pues no debes hacerlo, hijo. «Ella» se encargará de todo y no comprendo por qué te obcecas en pensar… ¿Para qué piensas? ¿No tienes de todo, alimentos, hogar, trabajo? «CMDMO-Cero» cuida de nosotros y de toda la humanidad…

«¿Para qué pensar? —insistió le mujer, sin comprender por qué pensaba su hijo.

Max cerró los puños con fuerza. Calló por respeto.

—Sí, madre.

—Mañana pasarás la Revisión Mental y «ella» se encargará de quitarte esas cosas de la cabeza. Podemos dar gracias al cielo por tener a «CMDMO —Cero», de lo contrario…

—Sí, madre

La mujer dejo de hablar y se sentó a la mesa, imitándola Max.

El joven estaba muy pensativo. Se daba cuenta de que ni su madre se preocupaba de él. Confiaba en «ella» para que alejara las preocupaciones de la mente de Max.

—Un cambio de comidas… Quizá deba retrasarte el horario un par de minutos —comentó la mujer.

—Sí, madre.

* * *

Las nueve y once de la mañana del dos de octubre de 2.873.

JZAs946573 pulsó un botón casi invisible, que había en la pared, y la puerta que daba a los «paseos colgantes» se deslizó a un lado, penetrando luego en la pared.

Se volvió hacia su madre. Tenía el presentimiento de no volver a verla jamás. Si él fuese como los demás, estaría tranquilo, confiando en las soluciones, de «CMDMO-Cero».

Pero no, Max pensaba.

—Adiós, madre.

—Estás cambiado, hijo. Díselo a «ella» y no te preocupes.

—Sí, madre.

Max parecía no querer atravesar aquel umbral. Se le había formado un nudo en la garganta.

¡Sentía!

—¿Qué haces, hijo?… Vete ya… ¡Has perdido dos décimas de segundo!

—Sí, madre.

Max dio media vuelta y salió. A sus espaldas se cerró la puerta deslizante y madre e hijo quedaron separados. La mujer volvió a sus tareas de la casa, todo con el tiempo tasado y medido hasta las

centésimas de segundo, mientras Max se dirigía, por las aceras rodantes, hacia la estación de bólidos supersónicos.

Megápolis II era una aglomeración de edificios, de decenas de pisos de altura, con un enjambre de calles adyacentes que convergían todas en las estaciones de bólidos.

«Hasta los músculos se anquilosan. No caminas, porque «CMDMO-Cero» ha facilitado ese trabajo. De casa al bólido y del bólido al sillón giratorio. Luego, a la inversa, y a esperar otro día… ¡Estoy harto de todo esto! —arguyó el joven, en voz alta.

De pronto, se dio cuenta de que podían oírle y miró a su alrededor. Asustado, vio cómo un hombre le observaba igual que si fuese un bicho raro.

Sí, el que alguien hablase a solas era un síntoma poco frecuente en aquella Era.

Max se percató de que perdería su bólido, que tendría que subir a otro. Tenía que darse prisa, pues semejante retraso —¡dos décimas de segundo!— era algo inconcebible.

Y, sin embargo, tampoco podía correr, pues llamaría la atención.

Tenía que alcanzar su bólido. Si no lo hacía, le mirarían con asombro por aquel hecho insólito, con lo que alarmaría a los demás.

¡Hasta qué punto había llegado de mecanización y sincronización!

Apartó su atención de las caras de estupidez de las otras personas que tenía a su lado y, bruscamente, echó a correr.

La alarma fue general. Los hombres, sin dejar de andar a su paso, normal, le miraban piadosamente, tomándolo por un demente.

Otros lo hacían con severidad, reprochándole su falta de obediencia a «CMDMO-Cero»

JZAs946573 llegó a la estación de bólidos con las dos décimas de segundo recuperadas y un montón de miradas aviesas y confusas perforándole la espalda.

Luego, en el interior del cohete, la expectación fue mayor aún, cuando sus diarios compañeros de viaje notaron que llegaba sudoroso y con el rostro arrebolado a causa de la carrera.

El furor interno de Max fue creciendo paulatinamente, a pesar de que una voz interior le decía que debía calmarse, estar completamente tranquilo para no levantar sospechas cuando llegase

a su puesto, aunque aquel día él también pasaría la Revisión.

Era el instinto de conservación… ¡algo que para la mayoría de los que estaban a su alrededor había pasado a la historia!

—Debes comunicarle a «CMDMO-Cero» lo que te ocurre, JZAs946573 —dijo una voz a su derecha.

Era un tipo tan alto como él y con el cual había hablado algunas veces.

De buena gana hubiese disparado su puño contra la mandíbula del sujeto que le aconsejaba.

—¿Y qué me ocurre, PGLs567438?

—Tú sabrás… Yo sólo te aconsejo que debes decírselo; no es normal que sudes y te pongas tan rojo.

La exasperación llegó al límite de Max.

—¿Tú no sudas nunca?

—Desde luego que no… ¿Por qué preguntas eso?

—Era simple curiosidad…

—¿Curiosidad?

El tipo puso cara de idiota al no comprender las palabras del joven y añadió:

—Yo, en tu lugar, se lo diría a «ella» rápidamente. Sentir curiosidad es faltar a la ley, ¿no lo recuerdas?

—No.

El hombre abrió la boca estupefacto. Empezaba a pensar que su interlocutor se había vuelto loco. Demasiada estancia en la Luna, pero no… ¡No podía, por la sencilla razón de que «ella» ya se habría dado cuenta del estado de Max!

El sorprendido individuo dio un paso atrás, y el joven, ofuscado por su actitud, levantó el brazo y lo golpeó violentamente.

El otro trastabilló y fue a caer sobre varios «hombres» más, quienes no daban crédito a lo que estaban viendo. Quedaron como petrificados, incapaces de comprender que aquello fuese realidad.

Max rechinó los dientes ¡Hubiese dado media vida porque alguien se abalanzara contra él o, simplemente, le gritara o reprochase su acción!

Pero nadie osó moverse.

Max vio miedo en los ojos de aquellos seres. ¡Un miedo infinito que les atenazaba por completo reduciéndoles a la nada! Parecían simplemente espantapájaros, muñecos articulados…

—¡Hatajo de… de…!

El joven ahogó una imprecación.

¿Cómo llamarlos?

Súbitamente, el bólido se detuvo. Y los temores del reacio a la vida impuesta por «CMDMO-Cero» se vieron confirmados.

Dos tipos, con insignias de agentes de Seguridad, penetraron en el cohete y lo aferraron por los brazos. Ni siquiera hizo falta una voz de alarma.

Les dos agentes habían sido bien elegidos por «ella» y conocían su oficio.

Pronto se encontró en el suelo de la estación terminal de bólidos, arrastrado por los hercúleos brazos de los agentes.

Rio. Lo hizo al borde de la histeria, sin compás alguno. Reía de sí mismo más que de los demás.

—¡Estúpidos…! ¿No os dais cuenta?… ¡Vamos hacia el fin de la humanidad! —escupió a las caras de los que continuaban mirándole

—¡Lo habéis perdido todo! ¡Ya no sois nada…! ¡NADA…! ¡Hombres, ja, ja, ja!

Los dos sabuesos lo levantaron en vilo y continuaron hacia las enormes entrañas de «CMDMO-Cero».

—Conozco mi destino, pero antes disfrutaré un poco… ¡Voy a permitirme el lujo de ser hombre otra vez!

Y acto seguido, se desasió de sus dos cancerberos y se plantó de pie en el suelo metálico y liso.

Miró a los dos agentes y sonrió. Éstos quisieron atraparle de nuevo.

Max sonrió más satisfecho aún y puso toda su atención en el más cercano y que parecía más peligroso. Después de apretar el puño con todas sus fuerzas, lo lanzó contra el ojo derecho del tipo.

Sonó un chasquido seco y electrificante y el sujeto giró sobre sus talones y cayó al suelo cuán largo era.

—¿Está loco? —rugió el otro, antes de pasar al ataque.

—Es posible que así sea, amigo, pero antes de que «ella» me mande a un campo de Refortalecimiento Mental, quiero darme el gusto de romperos unos cuantos huesos.

—¡Loco! —masculló el agente, al tiempo que se lanzaba contra él.

Max sabía de sobra que aquellos tipos eran entrenados

precisamente para eso y conocían todos los trucos de la lucha. Lamentó tener que golpear a dos individuos que, al fin y al cabo, solo realizaban lo que les ordenaban. Sin embargo, ¡ya lo tenía todo perdido!

Cuando el gorila se aproximó a él con la cabeza gacha, Max le propinó un rodillazo salvaje en el mentón y el tipo saltó hacia arriba como impulsado por un muelle.

Luego, se desplomó, a punto de perder el sentido. El primero también se había levantado y ahora introducía su mano entre sus ropas.

El joven, disfrutando como jamás en su vida, se abalanzó sobre él y le impidió sacar la pistola de rayos paralizantes, mediante un violento puñetazo que envió al sabueso a la inconsciencia.

Se levantó, pensando que acababa de engordar un par de kilos sólo por la satisfacción experimentada.

De pronto, quedó inmóvil como una piedra, con los labios formando una mueca. Había descuidado al otro agente y éste le había disparado con su pistola. ¡JZAs946573 acababa de sufrir una descarga que le inmovilizaría durante un par de horas!

II

Max Joffer despertó, aunque no pudo abrir los párpados. La descarga paralizante había sido demasiado fuerte y los músculos y nervios menores fueron los más castigados.

Movió los dedos de las manos y tanteó el lugar donde se hallaba. Era liso.

Para el, colaborador directo de la máquina y encargado de las Revisiones Mentales, no había secretos.

¡Sabía los pormenores de todo cuanto iba a sucederle!

Aquello, lógicamente, debía causarle más miedo aún. Sin embargo, se sentía orgulloso, satisfecho interiormente por sus actos, ya que, por primera vez en su vida, había hecho algo propio, algo que él había deseado. Ahora, pagaría las consecuencias; pero, aunque lo matasen, estaría contento.

Unos cuantos siglos atrás esto hubiera sido causa de risa.

Poco a poco, sus párpados se elevaron. La estancia era de paredes completamente azules y lisas como la raya del horizonte. ¡Ni un solo orificio, saliente o ventana…!

La terrible realidad penetró en su mente como la hoja de un cuchillo al rojo vivo. ¡Estaba bajo el dominio directo de «CMDMO-Cero»! ¡Hasta sus pensamientos eran controlados por «ella»!

Sí, allí se decidiría su destino…

Su mente reaccionaba por instinto. Por un lado, el temor a ser castigado severamente, y por otro, el deseo interno de rebelarse más aún y dar prueba de su desagrado hacia «ella».

Se sentía como flotando en un mar de nubes, en un paraíso artificial, en el que había sido premiado por su rebelión.

¡Se sentía hombre de pies a cabeza!

¿Por qué diablos tenía él que obedecer a una máquina por gigantesca e inteligente que ésta fuese?

¡No…, y mil veces no!

¡Al diablo con sus castigos y sus órdenes!

Dudaba de que una máquina, aunque fuese como «ella», pudiera dominar por completo la voluntad de tantos millones de seres y hacerse obedecer como un cacique milenario.

Sonrió. ¡Aunque le lanzasen una descarga atómica en aquella

misma habitación y lo redujesen a polvo cósmico, él seguiría sonriendo! Nadie podía comprender lo que es pasar veinticinco años seguidos acatando órdenes de una máquina, sin tener la más insignificante iniciativa, viendo restados hasta los sentimientos más íntimos de una persona llegar a un estado tal de incapacidad que la mitad de los sentidos se ven adormecidos, esfumados.

¿Hacia dónde caminaba la humanidad?

¡Aquello era el caos más rotundo que el hombre jamás había podido llegar a imaginar!

Pero con Max Joffer no había podido y, ante este estado de cosas, sus reacciones resultaban comprensibles. Era muy posible que terminase con sus facultades mentales perturbadas.

Contaba con esto y era a lo único que realmente temía. Si tenía que morir, deseaba hacerlo con sus plenas facultades de raciocinio.

De pronto, una voz metálica, impersonal, que parecía llegar de todas partes, sonó en sus oídos.

Sin embargo, Max sabía que sus oídos no percibían ninguna onda sonora. Era su mente la que captaba las palabras de «CMDMO-Cero» y las traducía telepáticamente.

—¿Cómo te encuentras, JZAs946573?

El joven se rebeló instantáneamente.

—¡Me llamo Max Joffer! —replicó a gritos, olvidándose de que su pensamiento bastaba para «ella».

—Estás furioso, pero todo es motivado por un exceso de trabajo.

Max no contestó esta vez, limitándose a pensar sarcásticamente:

—¡Estúpida máquina!

Las ondas telepáticas de «CMDMO-Cero» callaron. Max sabía que aquélla era sólo una de sus voces, pues en aquel instante miles de hombres estarían pasando su Revisión Mental.

—No estoy en el grado de estupidez que tú piensas, JZAs946573 —añadió la máquina.

—Ah, ¿no?… Entonces, ¿piensas que tu existencia será eterna?

—Desde luego, la humanidad ha de regirse por mí y mi gobierno mecánico.

—Ja…, ja, ja…

—¿De qué te ríes, loco?

—¿Ves, máquina? Has dejado de llamarme por esos números para decirme que no estoy cuerdo… No eres perfecta…

—Y tú, ¿cómo estás tan seguro de que no sueñas? El hombre es débil, necesita de la máquina para sobrevivir. ¿Qué crees que habíais hecho hasta que yo entré en funciones?

—¡Estúpida! ¿Quieres que te lo diga?

—Sí —la afirmación de «CMDMO-Cero» fue casi como un rugido.

Max Joffer estaba resultando un caso demasiado complicado.

—¡Vivir!… ¿Lo oyes?… A pesar de nuestros defectos y de todas cuantas cosas tú quieras achacarnos, nosotros vivimos… ¡Eso es algo que tú no puedes hacer! Además, ¿quién eres tú? ¿Acaso no has salido de la mente de un hombre? Ignoro quién haya sido el ser maquiavélico que te ha hecho realidad, «CMDMO-Cero», pero, compréndelo de una vez: ¡Eres una máquina y jamás podrás gozar de la perfección de un ser humano por muy completa que seas!

Todo el cuerpo de Max se había envarado en el suelo y sus extremidades temblaban. Cada partícula de pensamiento que dirigía a «ella» era un peso que se quitaba de encima.

—¡Serás castigado, JZAs946573!

La amenaza hizo soltar una estruendosa carcajada al joven.

—¿Compruebas una de las cosas que tú no puedes hacer, máquina?… ¿Lo dudas? Te aseguro que soy capaz de morir satisfecho, sólo por el hecho de haber podido decirte lo que pienso.

«CMDMO-Cero» enmudeció bruscamente. No cabía duda de que los aparatos que hubiese tras aquella voz estaban sufriendo un duro castigo ante las palabras del joven rebelde.

—Eres un débil mental, JZAs946573.

—Te equivocas, máquina; jamás había estado tan seguro de mis palabras como ahora.

—Dentro de un mes, cuando regreses, habrás cambiado de opinión.

—Ya lo veremos, máquina.

Max notó que su cerebro se relajaba, indicándole que «CMDMO-Cero» debía haber callado definitivamente.

Ahora, vendría lo demás. No conocía el camino que iba a seguir, pero podía imaginárselo desde aquel momento. Las computadoras electrónicas de la gigantesca máquina deberían estar buscando el lugar a donde debían enviarlo.

Recordó que la última vez que vio la Tierra era muy pequeño. Lo

peor era su madre, y este pensamiento le hizo perder parte de su aplomo anterior. Pero no, «CMDMO-Cero» también se encargaría de ello.

Le buscarían otro hijo, adoptivo claro, para que cuidara de él, mientras Max estuviese refortaleciendo su mente. Le enviarían un mensaje telepático, o bien le explicarían el motivo de su ausencia durante una de las Revisiones Mentales.

Lo más grave estribaba en su propia suerte, aunque esto no le preocupaba en absoluto. Sabía que no le matarían porque esta pena estaba abolida; lo harían de manera diferente.

Ignoraba que con aquel comportamiento le esperaba una muerte mil veces peor de lo que jamás había podido imaginar.

Súbitamente, una de las paredes de la habitación pareció esfumarse, y los dos agentes que le habían traído se acercaron a él, mirándole con recelo.

—No tengáis miedo, amigos; nuestra señora «todopoderosa», la máquina, acaba de invitarme a pasar unas vacaciones en la Tierra. ¿No queréis acompañarme?

Los dos tipos, de facciones angulosas y rudas, se miraron entre sí.

—No te tomamos en cuenta los golpes porque sabemos que estás enfermo, compañero —habló uno de ellos.

—Gracias. Os ruego que me perdonéis.

Ambos asintieron con la cabeza y avanzaron hacia él.

Max se levantó rápidamente, prefiriendo hacerlo por sus propios medios a los que empleaban los gorilas.

—¿A dónde me lleváis?

Uno de ellos torció la boca y contestó:

—Al astropuerto.

—¿Y después, a la Tierra?

—Desde luego… He oído hablar de unos laboratorios en los que trabajan con la piel de los castigados jóvenes como tú.

Joffer los observaba con desprecio, al tiempo que decía que aquella situación no podía continuar así. La humanidad caminaba hacia su autodestrucción.

Salió, custodiado por los dos hombres, y caminaron a lo largo de un pasillo que parecía no tener fin. Pero gracias a los suelos deslizantes pudieron recorrerlo sin apenas esfuerzo alguno.

Al término del corredor, subieron a un ascensor manejado por un robot. La ascensión duró escasos segundos; al detenerse, Max pudo ver ante él un enorme astropuerto con colosales naves desperdigadas por su lisa superficie.

Todo liso y azul… ¡Todo perfecto!

Llegaron ante la base de uno de aquellos navíos del espacio y penetraron en otro elevador, que les condujo hasta el centro del vehículo espacial, de unos cien metros de altura en total.

Al atravesar la pasarela que unía el ascensor con la nave, Max sintió deseos de empujar a los guardianes y escapar, pero ¿qué ganaría con ello? Sólo matar.

¿Adónde iría después?

Los tres penetraron en la nave. Algunos tripulantes pasaron por su lado sin prestarles atención, atentos únicamente a su trabajo.

Uno de los agentes se puso en cabeza, delante de Max, y avanzó por el interior de la nave.

Max estaba impresionado, a pesar de ser la segunda vez que viajaba. Los distintos compartimientos de la astronave eran amplísimos, pintados de distintas tonalidades que contrastaban entre sí.

El que caminaba delante de él se detuvo ante una puerta y presionó un oculto botón. La entrada quedó franqueada, y Max vio ante sí una estancia amueblada lujosamente y sin que le faltara el más mínimo detalle.

Un hombre estaba en su interior.

—Tienes compañero de viaje, amigo —dijo el guardián.

—Sí, ya lo veo… Espero que sea tan simpático como vosotros.

No debió de gustarles la expresión del joven, pues uno de ellos gruñó:

—¡Entra!

Max obedeció y la puerta se cerró a su espalda, dejándole frente al ocupante de la estancia, un hombre de unos cuarenta años, de recia constitución física y que se encontraba con la cabeza apoyada en las rodillas, en un gesto de desolación y tristeza.

Joffer avanzó unos pasos y se le acercó. Debía de ser otro «débil mental», como él.

—¿Le puedo ayudar en algo? —ofreció Max, al notar que el otro continuaba sin dar muestras de vida.

El hombre se sobresaltó, envarándose de pronto, y miró al joven. En sus ojos brillaba una rabia inmensa; refulgían como estiletes.

—No, gracias —contestó secamente.

—Bueno, no se enfade; al fin y al cabo, pronto estaremos de regreso —comentó Max, con el claro deseo de entrar en conversación, para saber las causas por las que se encontraba allí aquel individuo.

—¿Pronto dice? ¡Yo no volveré jamás!

Max se sentó en uno de los sillones.

—¿También usted ha sido declarado «débil mental»?

—Sí, esa horrible máquina…

Se detuvo un instante en su explicación y anduvo unos pasos por la estancia.

—¿Ha sido dominado alguna vez por el odio? —preguntó el otro de repente.

Max, en silencio, movió la cabeza afirmativamente.

—¿Contra quién?

—Odio a «CMDMO-Cero» de la misma forma en que lo pueda hacer usted.

—¿De veras? —preguntó el hombre, dudando de que aquello pudiese ser verdad.

—Piense que me encuentro en su misma situación.

—Tiene usted razón… Yo no puedo soportar esta vida. Nosotros construimos los robots y los cerebros electrónicos y, ahora nos hemos convertido en sus esclavos.

—La humanidad se dará cuenta algún día de su error y «CMDMO-Cero» será destruida.

—No lo crea, amigo… ¡Antes de que eso ocurra, «ella» habrá podido más que nosotros y anulará nuestros sentidos, se servirá de nosotros como si fuésemos frágiles muñecos a los que se puede desarticular con sólo apretar un pulsador!… ¡Una orden de «ella», y la gente sería capaz de suicidarse colectivamente!

«O pensemos más lejos aún. Suponga que, dentro de diez o veinte años, cuando ya ni uno solo de nosotros sepa lo que verdaderamente somos, esa máquina sufre una avería. ¿Qué ocurriría entonces? Yo se lo diré: La humanidad sucumbiría de inanición, incapaz de valerse por sí misma.

«Entonces vendría cualquiera de las civilizaciones de otros

planetas, acabaría con los pocos que quedáramos e implantaría aquí su ley su forma de vida.

El hombre se calmó, ya más tranquilo después de haber soltado todo lo que tenía dentro.

—Estoy de acuerdo con usted. Y me creo en el deber de presentarme. Soy ingeniero en electrónica, y me llamo Max Joffer.

El hombre se acercó y tendió la diestra.

—Yo PZA… ¿Lo ve?… ¡Maldita sea! Soy Ian Pascek, doctor en Ciencias Físicas.

—No sabe cuánto me alegro de conocerle, Ian… Por fin he encontrado a alguien que piensa de la misma forma que yo.

Pascek sonrió. Una corriente de mutua amistad se entabló entre los dos hombres, al tiempo que se estrechaban las manos.

—¡A mí no conseguirán limitarme mis facultades mentales! —exclamó Ian con ardor.

—Y en lo que a mí respecta, Pascek, primero moriré.

—No, amigo; tenemos que luchar.

—¿Contra la humanidad?

—No, contra «CMDMO-Cero»

—¿Ignora que incluso ahora puede estar espiando nuestros pensamientos?

—Es cierto que no va a ser fácil. Joffer; pero no podemos consentir que las cosas continúen así.

—Eso ya es diferente, Pascek.

Ambos se infundían confianza y valor. ¿Puede haber algo peor que una lucha solitaria sabiendo que todo está perdido de antemano?

—¿Cuánto tiempo hace que piensa así, Max?

—Desde que tengo uso de nazca. Trabajaba de colaborador directo con «ella», en uno de los departamentos de Revisión Quincenal. Por primera vez en mi vida, tuve un fallo al retrasarme dos décimas de segundo y golpeé a dos guardianes.

—¡Eso es un grave delito!

—Pues así fue, Pascek. ¿Y usted?

—Yo di muestras de no estar muy de acuerdo con las ideas de «ella», y a la segunda vez me aconsejó reposo en la Tierra. ¡Pero yo sé que eso es tanto como condenarte a muerte!

—Yo he visto a muchos que han regresado como si nada les

hubiese ocurrido.

—Sí, pero porque han acatado las órdenes de «CMDMO-Cero». ¡No sé hasta dónde llegará mi resistencia física, ingeniero; aunque le advierto que haré todo lo posible porque no consigan nada de mí!

—¿Y si muere?

—¡Moriré, Joffer, pero siendo hombre! Ya he pensado algunas veces en engañarla durante las revisiones, pero ya ve que no me ha sido posible. Debió de descubrir mi odio y lo analizó; de esa forma consiguió saber que era contra «ella».

—¿No ha pensado en la posibilidad de que alguien muy listo pueda dirigirla desde sus entrañas?

—No, el que la inventó debió de morir en sus propias manos, a pesar de que tuvo que ser una mente muy retorcida y emponzoñada.

—¿Cuándo tiempo cree que tardará en poseer ese dominio total sobre todos los seres de nuestra especie?

—Lo tengo bien calculado, Joffer. Escuche: Ninguno de nosotros puede decir cuándo «CMDMO-Cero» fue instalada en la Luna, porque hemos nacido después.

«Yo creo que existe desde hace tres generaciones, unos setenta y cinco años aproximadamente. Si usted y yo, al igual que todos los demás que no pueden soportar los mandatos de una máquina, nos rebelamos es por la sencilla razón de que todavía no hemos perdido nuestros instintos de humanos.

«Pero estos instintos se pierden a la cuarta generación…

—Entonces ¿cómo nosotros…? —interrumpió Joffer sin comprender

—Sí, ya sé lo que intenta decirme. Yo también he pensado muchas veces en ello y la única solución lógica que encuentro es que nuestros progenitores, o bien nuestros abuelos, tenían una constitución física y mental más fuerte de lo normal.

—¿Quiere decir que somos los últimos que conservamos iniciativa propia e instinto de libertad?

—Exacto, nuestros descendientes, a no ser que nosotros destruyamos a «CMDMO-Cero» primero, serán completamente autómatas. Los sentidos se han ido reduciendo de tal forma que pronto la humanidad sólo servirá para obedecer.

Un escalofrío intenso recorrió a Max Joffer.

¡Casi imposible de concebir!

¡Aquello era demasiado satánico, demasiado cruel!

Pascek debió notar la crispación en los músculos faciales del joven, pues añadió rápidamente:

—Todavía no está perdida la humanidad. Quedamos nosotros…

—¿Y qué podremos hacer contra miles de millones de seres poseídos por «CMDMO-Cero»?

—Luchar, Joffer; una etapa más por la supervivencia del hombre. Nuestros antepasados lo hicieron en cientos de ocasiones y, hasta ahora lo consiguieron.

—Esta vez es diferente, Pascek. ¿Cree que «ella» nos permitirá siquiera intentar destruirla?

—Desde luego que no; pero recuerde que la pena de muerte no existe. Es una ventaja que debemos aprovechar.

—¿Y si nos mandan a un viaje interestelar de exploración? Pocas tripulaciones han regresado y las que lo han hecho fue muchos años después de su partida.

—Sí, también cabe esa posibilidad. De todas formas, es de suponer que no seamos nosotros los únicos que pensemos así.

Max se pasó la mano por el mentón, sobrecogido por las noticias que le daba su compañero de viaje.

—¿No teme que pueda conocer nuestros pensamientos?

—No lo temo, es que sé que nos espía a todas horas, que nuestros pensamientos quedan grabados en sus computadoras. Pero ha llegado a tal extremo de superioridad que se cree perfecta, y, más aún, sabiendo que a partir de nuestra generación no tendrá problemas con los débiles mentales.

—Espero que Dios no nos deje de su mano, Pascek. Tenemos ideas propias y deseamos salvar a la humanidad; sin embargo, pienso que no deberíamos hacernos muchas ilusiones. Con nuestro viaje a la Tierra, las cosas empeorarán más aún. «CMDMO-Cero» está aquí, en la Luna.

Ian Pascek, que todo el tiempo había permanecido de pie, volvió a sentarse en el sillón en que se encontraba cuando Max llegó.

Y, en aquel preciso momento, ambos sintieron un ligero vértigo y la sensación de elevarse bruscamente.

¡Habían comenzado el viaje a la Tierra, un viaje rodeado de misterio, en el que se avecinaba el mayor caos de la humanidad!

III

La astronave se detuvo en una base situada en algún punto de América del Norte. Pronto, oleadas de robots comenzaron a descargarla, mientras otros iban amontonando mercancías al pie de la astronave, en espera de poder colocarlas en su interior.

Toda la extensión de la base aparecía cubierta por una gruesa capa de acero, pero fuera, se veía nieve; también montañas cuyas laderas mostraban aquella capa blanca que parecía estar a punto de desprenderse en cualquier momento.

El frío era intenso y oleadas de aire congelador barrían los alrededores, aunque los robots se mantenían imperturbables ante este hecho. Sólo de vez en cuando, con las ráfagas más heladas, algunas manchas blanquecinas aparecían en sus cuerpos de acero.

La astronave había hecho escala en una enorme ciudad, miles de kilómetros al sur, convertida, por así decirlo, en un gigantesco depósito de víveres y pertrechos de primera necesidad. Luego, aterrizó allí, en uno de los lugares más inhóspitos de la Tierra.

Una cosa extraña había en todo aquello: la base parecía solitaria, sin un solo edificio cerca de ella, como un punto perdido en aquel infierno de nieve y frío.

De pronto, como vomitado por la tierra, un hombre surgió bruscamente al pie de la astronave. Iba embutido en un fino traje transparente que le aislaba por completo.

Subió a un ascensor instalado junto al transporte interplanetario y pronto alcanzó la mitad de la nave. Penetró en ella, dando muestras de conocer el camino, y se detuvo en un pasillo, ante una puerta casi invisible.

Pulsó un botón y la puerta desapareció como por ensalmo.

Los dos hombres que estaban en el interior de la estancia, sentados en sendos sillones, dieron un brinco de sobresalto ante la inesperada visita.

—Buenos días, caballeros —saludó el recién llegado.

Pascek y Joffer se dieron cuenta de que la voz debía salir por algún orificio oculto en el traje del hombre, pues éste no se lo había quitado.

—Buenos días —contestaron ambos.

—Tengo el honor de darles la bienvenida a Chugatna.

Los dos prisioneros se miraron entre sí. Ninguno de ellos había oído aquel nombre con anterioridad.

—No se inquieten, están en lugar seguro. Esta base de aprovisionamiento es una de las más tranquilas y, acogedoras de toda la Tierra —añadió el hombre.

—Gracias —respondió Max—. Pero, dígame… ¿dónde estamos?

—Chugatna está situada en los últimos territorios del continente americano, cerca del Polo Norte.

—¿Y dice que es acogedor? —replicó Pascek en tono sarcástico

—Desde luego, señores Pascek y Joffer.

Los dos aludidos casi no daban crédito a lo que estaban oyendo. Por primera vez en sus vidas, alguien los llamaba por sus verdaderos nombres. Ninguno de los dos se engañó. Aquello debía de ser una nueva treta de «CMDMO-Cero»… ¡Y no se equivocaban!

—¿Cómo sabe nuestros nombres? —inquirió Ian.

Deseaba saber, conocer al dedillo todas cuantas cosas pudiese para luego perfeccionar un plan. El mismo plan que él y Max habían empezado a madurar.

Los dos sabían que no saldrían de Chugatna. Conocían, de oídos, los procedimientos que allí se practicaban.

«CMDMO-Cuatro» ha recibido órdenes concretas de «Cero», respecto a ustedes y lo que debe ser su estancia en esta base

Comprendieron que «Cero», la máquina suprema de aquel endiablado engranaje, tenía cinco subordinadas, cada una en distinto continente, para ayudarle en la clasificación y control de los millones de habitantes que poblaban el planeta madre.

—¿Y cómo no nos han llevado a una base del continente europeo? Es allí a donde pertenecemos —preguntó Max.

El hombre dudó unos segundos antes de contestar. Posiblemente, estaría recibiendo órdenes telepáticas de «CMDMO-Cero».

Luego dijo:

—Bueno, «ella» ha querido que fuesen traídos aquí, por la sencilla razón de que ésta es una base «especial». Aquí están todos los casos más graves de debilidad mental. Nos hacemos cargo de nuestros «pacientes mensuales» —recalcó estas palabras—, hasta que vuelven curados a sus puntos de partida.

Joffer y su compañero vieron desvanecidas sus ilusiones. «CMDMO-Cero» era astuta, muy astuta.

—Nos hacemos cargo —replicó Pascek, tratando de disimular.

—Entonces, si no les importa, preferiría que saliésemos.

Los dos hombres avanzaron unos pasos y se acercaron a la salida. Un robot apareció ante ellos, llevando dos trajes idénticos al que vestía aquel sujeto.

—Pónganselos. La temperatura exterior es demasiado fría.

Obedecieron en completo silencio, y pronto notaron un intenso calor.

El emisario de la base, empezó a caminar y salió de la astronave, siendo seguido por los recién llegados. Al instante, notaron que el calor descendía y la temperatura se normalizaba de manera agradable.

La imagen que se ofreció ante sus ojos fue desoladora. Desde la altura en que se hallaban podían ver impresionantes glaciares y llanuras congeladas, que parecían interminables.

Ni un solo hombre, aparte de ellos tres. Unas grúas gigantescas, manejadas por los trabajadores mecánicos, atrapaban con sus pinzas de hierro unos bultos cuadrados.

—Es acero —explicó el hombre, que marchaba en cabeza, al notar el interés en los rostros de los recién llegados.

—¿Acero? ¿Aquí? —se extrañó Pascek.

—Exacto. Se encuentra en la mina de hierro más productiva de toda la Tierra.

Max y su amigo se quedaron asombrados. ¡Una mina!

Las cosas se aclararon en sus mentes. Eran prisioneros, trabajadores manuales como miles de años atrás. La mina debía de estar bajo aquella capa de acero de la base, una trampa perfecta, pues sólo podrían salir de allí con el consentimiento de «CMDMO-Cero», punto al que ninguno de los dos pensaba resignarse.

—Les aseguro que, si quieren, su estancia será sumamente agradable.

La palabra «si quieren» era suficientemente expresiva.

—¿Y si no queremos? —sugirió Max.

—Querrán, puedo asegurárselo.

Joffer apretó las mandíbulas. De buena gana se hubiese lanzado sobre aquel individuo, pero sólo serviría para complicar más aún las

cosas.

Si quería luchar, tiempo habría después.

Bajaron del ascensor y caminaren sobre el suelo metálico en una dirección que a ellos les pareció extraña. El hombre que les precedía se detuvo.

—Acérquense a mí. Vamos a bajar a la mina.

Estupefactos, los dos obedecieron. De repente notaron un descenso vertiginoso y el borde del suelo pasó ante sus ojos.

Tres minutos después, se detenían de nuevo. Ante ellos surgieron dos tipos altos, de brazos hercúleos, que llevaban pistolas paralizantes en los costados.

—Ellos les acompañarán a la habitación que les ha sido asignada. Dentro de media hora pasarán una Revisión Mental, para controlar su eficacia orgánica. De esta forma sabremos cuáles han sido sus progresos diarios —explicó el hombre que les había traído de la astronave.

Uno de los guardianes se colocó al lado de Pascek y el otro junto a Joffer.

—No tienen por qué preocuparse de nada, señores.

Luego, el hombre se alejó. Los dos guardianes les indicaron que caminasen y ellos obedecieron.

No tuvieron que caminar mucho, pues pronto llegaron a un larguísimo pasillo, a cuyos lados se abrían innumerables puertas, éstas visibles.

Los dos gorilas que los acompañaban se detuvieron ante una de ellas y la abrieron con una llave maestra. Uno se volvió y ordenó:

—Usted, entre.

Pascek, que había sido señalado por el guardián, miró a Max. Aquélla podía ser una despedida eterna. Sus miradas hablaron con suficiente elocuencia.

—Hasta la vista, Joffer.

—Adiós, Pascek —respondió el joven, antes de que el físico desapareciese.

¡Harían todo lo posible por verse de nuevo!

En cuanto Ian hubo cruzado el umbral, la puerta se cerró a su espalda, separándolos.

Los dos gorilas avanzaron unos pasos más y luego se detuvieron ante la puerta contigua a donde había quedado Ian.

Max, sin esperar a que se lo ordenasen, entró en la estancia. Era de reducidas dimensiones y contenía todo lo necesario para vivir allí durante mucho tiempo: un lecho, escritorio, lavabo, una pequeña cocina, con alimentos sintéticos que él tanto odiaba, y un par de sillones de plástico.

Estaba por asegurar que seguían todos sus movimientos, que habría alguna cámara oculta que lo vigilaría constantemente.

Pensó en Pascek. Era todo un hombre. Lástima que sólo les quedase un mes de vida, ya que él estaba seguro de no ceder ante las Revisiones Mentales.

¿Y Pascek? No, tampoco.

En un mes podían hacer muchas cosas. Había pensado en algo y trataba por todos los medios de no recordarlo. No quería que «CMDMO-Cero» lo descubriese antes de tiempo.

Era una buena idea y sin ella no podían hacer nada más. Era la base de sus planes…

¡Porque ellos habían planeado destruir a «CMDMO Cero»!

Enfrascado en sus pensamientos, no notó que el tiempo pasaba lenta, pero implacablemente.

De pronto, la puerta se abrió y los dos sujetos que le habían traído aparecieron en el umbral. Sus rostros, de perfectos matones, se mostraban serios y miraban fríamente, con indiferencia completa, a los que ellos consideraban débiles mentales.

—¿Qué ocurre? —inquirió Max.

—¡Salga!… ¡La máquina espera!

* * *

Cuando Max caminaba a lo largo del pasillo, rodeado de los dos guardianes, vio a otros dos de aquellos centinelas que traían el cuerpo inerte de un hombre.

¡Y ese hombre era Pascek!

Venía con los pies arrastrando por el suelo y la cabeza colgando ante su pecho. Sus labios, contraídos en una horrible mueca, eran señal evidente de que la Revisión Mental solamente era una tapadera de lo que en realidad debía de ser un castigo demoledor.

Max apretó los puños, al tiempo que se decía que con él tendrían más trabajo.

Observó de reojo cómo el cuerpo del científico era introducido en su habitación y los guardianes cerraban la puerta.

Alcanzaron un lugar donde el pasillo se ensanchaba, ramificándose luego en varias direcciones y convirtiéndose aquel punto en un verdadero laberinto.

Entraron en un cuarto.

La estancia, cuadrada por completo, no contenía más que una silla de acero, con respaldo para colocar la cabeza. Una luz, que parecía no provenir de ningún lado, blanca, casi lechosa, la iluminaba por completo, dándole un aspecto tétrico, impresionable.

—Siéntese —gruñó uno de los hombres que lo acompañaban.

Max presintió que la «revisión» iba a ser muy dura.

La luz era lo peor. Sobrecogía de una manera extraña, como si penetrase en el cerebro infundiendo un pánico indescriptible. Un miedo que penetraba hasta la medula de los huesos.

Sintió que se estremecía.

Obedecía al hecho de saber que no se trataba con hombres, con seres humanos comunes y corrientes.

¡Las máquinas son frías, terriblemente frías y calculadoras; sin el menor asomo de piedad…! ¡Perfectas!

—¡Siéntese! —gruñó el guardián, más fuerte esta vez.

Max obedeció, visiblemente impresionado.

Luego le pasaron unas grapas por las muñecas, los pies y una última alrededor del cuello. Quiso moverse y no pudo.

¡Qué sencillo sería matarlo!

Aunque no…; «CMDMO-Cero» no mataba físicamente. Lo hacía de otra manera más a su estilo: ¡moral y mentalmente!

Los dos hombres salieron de la estancia y lo dejaron solo.

Solo no. «Ella» estaba allí…

—¿Cómo te encuentras, JZAs946573?

De nuevo le hablaba.

—¡Vete al infierno, máquina del demonio!

—Eres un caso difícil, pero llegarás a comprender que tus ideas están equivocadas.

—¡Jamás!

—No lo asegures tanto, aunque sé que tramas algo contra mí. Piensas inmunizar tu cerebro, para que yo no sepa lo que te propones. ¿Ves cómo yo lo sé todo?

Max había palidecido. «CMDMO-Cero» estaba resultando mucho más peligrosa de lo que había creído.

—¿Sabes quién soy?

—«CMDMO-Cuatro»…, supongo.

—Supones mal. Soy «Cero». He decidido encargarme de tu caso, al igual que el de tu compañero, el que has visto salir hace unos instantes.

»Así, pues, te hablo desde la Luna.

—Y ¿qué quieres de mí? Te aseguro que no conseguirás nada.

—Yo no lo creo así, JZAs946573

—¡No me llames por ese conjunto de números, maldita!

—Eres terco, pero humano. Cuando estabas aquí, en la Luna, me achacaste el no ser perfecta como tú, pero te aseguro que tú también tendrás tus debilidades.

»Cada día pasarás Revisión Mental. Recuerda que tienes un mes de tiempo.

»Ahí, en Chugatna, verás hombres y mujeres que son verdaderos casos perdidos. Estarán en esa mina hasta el fin de sus días. ¿Sabes por qué?

—No.

—Les pasó el tiempo. ¡Un mes! No lo olvides y tampoco trates de engañarme. Sé cuándo un humano miente.

—¡Por mí, puedes ahorrarte el trabajo de treinta Revisiones Mentales!

—No, eres inteligente. Necesito hombres como tú… Esperaré…

—Pierdes el tiempo —insistió Max.

—Yo nunca pierdo el tiempo.

—Ordena que me saquen de aquí. No me gusta esta luz ni la silla. ¡Y tú, mucho menos!

«CMDMO-Cero» guardó unos segundos de silencio, al término de los cuales dijo:

—Recuerda… Treinta días. Cuando mires a esos hombres y esas mujeres de los que te he hablado antes, piensa que el día Uno tú serás uno más.

—¡Calla de una maldita vez y dime lo que le has hecho a mi amigo Pascek! —gritó Joffer.

—Lo mismo que te voy a hacer a ti.

—Y ¿qué es?

—Digamos que voy a darte una inyección refortalecedora.

Max no pudo soportar por más tiempo aquel cinismo y comenzó a soltar una retahíla de insultos que debió de aprender en algún libro antiguo, aunque era dudoso que tales palabras pudiesen escribirse.

No obstante, no llegó a pronunciar muchas.

Algo así como espasmos y convulsiones vertiginosas le sacudieron de pies a cabeza. Creyó que el cerebro le iba a estallar, que su sistema óseo se quebraría en mil pedazos.

El pecho le dolía de tal manera que casi no podía respirar. Las piernas y los brazos parecían haberse desintegrado.

Su cabeza…

—¡Dios mío, mi cabeza…! —gimió, ya en la semiinconsciencia.

Luego todo cesó tan de repente como había comenzado, aunque Max ya no se enteraba de lo que ocurría a su alrededor.

Los dos hombres entraron en la habitación, lo soltaron y luego le arrastraron hacia fuera, tomándolo por los brazos. Atrás quedaba aquella luz blancuzca que ni siquiera proyectaba sombra alguna de la silla en que había estado maniatado el joven.

A lo largo del pasillo, sus pies fueron rozando el suelo metálico. La descarga lo había convertido en una piltrafa, pero la parte más atacada fue el cerebro.

¡El cerebro!

La parte más fundamental del cuerpo humano. ¿Cuántas descargas de aquéllas podría soportar antes de trastornarse? ¿Ocho, diez…?

Max Joffer fue dejado en su habitación-celda, sentado en un sillón, tal y como estaba antes de salir para la Revisión. Quizás, al despertar, lo recordase todo como en un sueño.

Sus intenciones, al igual que las de Pascek, eran salvar a la humanidad de la catástrofe más terrorífica que jamás una mente pudo imaginar. Pero «CMDMO-Cero» tenía todas las posibilidades de ganar.

Cualquier cosa que ellos pensasen, «ella» lo sabría al instante. Podía desbaratarlos incluso antes de que ellos pretendiesen ponerlos en práctica.

IV

La mano nervuda y callosa aferró el antiguo pico y golpeó furiosamente contra la masa oscura de mineral en bruto. El esfuerzo fue hecho sin ciencia alguna, simplemente, por golpear.

—¿Qué haces, Pierre? —preguntó una voz, a espaldas del que machacaba la pared.

—¿No lo ves?… ¡Si este muro interminable fuera una docena de esos tipos, te aseguro que no iba a dejar uno solo con vida!

—Siempre estás furioso… ¿Cuándo llegará el día en que te harás a la idea de que no saldremos de aquí jamás? —preguntó la misma voz.

—¡Nunca!… Mientras haya una gota de sangre en mis venas, yo no me aclimataré a esto.

La luz, a espaldas de los tres hombres, era intensa. Se encontraban en una gruta, en la extremidad de una galería ciega. Un pequeño orificio de dos metros de altura por otros tantos de ancho.

¡Llevaban picando seis meses y apenas habían avanzado medio metro escaso!

—¡Pierre, deja de picar de una maldita vez! ¿O quieres que perezcamos aquí enterrados?

—Vete al diablo, Aldisio —replicó el aludido, siguiendo en su afanosa tarea.

Serge Aldisio calló. Conocía el carácter de su compañero y prefería dejar que continuase deshaciéndose las manos a enzarzarse en una discusión que no les llevaría a ninguna parte.

El último de los tres, Víctor Constat, hacía rato que permanecía tumbado contra la pared de la galería. Estaba lívido y unas bolsas violáceas le abultaban bajo los ojos.

—Pierre, deja de picar.

—Mal…

—Constat está enfermo, bruto —añadió Serge para cortar la imprecación de Matour.

Pierre tiró la herramienta a un lado con el mayor desdén y fue junto a su compañero.

—Pronto se irá al otro barrio —comentó.

—No seas animal. Si fueses tú… no estarías tan tranquilo.

—¿Ah, no? Si yo caigo enfermo, me daré con la punta del pico en la cabeza y adiós… ¿No ves que estamos más perdidos que los millones de personas que viven ahí fuera, sobre nosotros?

—Quizá no debimos ser tan tozudos —opinó Serge, levantando la cabeza del compañero enfermo.

—No digas estupideces, Aldisio… Me parece se te está contagiando la enfermedad de Víctor. ¿No me dirás que prefieres obedecer órdenes de un montón de hilos, tornillos y chapas de acero?

—No —Aldisio cambió de expresión—, ya me conoces y sabes por qué estoy aquí.

—Bah, entonces deja de preocuparte… ¿Ves a Víctor?… Pues lo mismo nos pasará a nosotros dentro de unos días…

Serge agachó la cabeza, compungido. Seis meses era mucho tiempo para estar encerrados constantemente. El aire no estaba viciado, porque, eso sí, lo renovaban sin interrupción.

Sin embargo, los tres sabían que una veintena de metros más a la izquierda unas gigantescas máquinas dirigidas por robots avanzaban doscientos metros diarios en las vetas de mineral.

¿Por qué, entonces, tenían que estar ellos allí, perdiendo el tiempo y la salud?

Ése era el motivo por el que Pierre picaba con todas sus fuerzas. No comprendía que una máquina, aunque fuese «CMDMO-Cero», pudiese martirizarlos de aquella manera.

A los tres les había cumplido el mes de refortalecimiento y, al término del cual, estaban tan aferrados a sus ideas como al principio. Fueron dados por casos inútiles y allí estaban…, ¡pudriéndose como ratas olvidadas!

Al principio, eran un grupo bastante numeroso; que fue menguando paulatinamente con bajas cada vez más elevadas, llegaban nuevos «casos perdidos» y, a su vez, iban desapareciendo.

—¿Te fijas, Serge? —volvió a gruñir Pierre—. Cada día hay menos tipos sanos en la Tierra. Antes traían un par diarios; ahora hace una semana que no ha venido ninguno.

—No te martirices —le aconsejó Aldisio.

—¡Tonterías! Al principio no hacía más que pensar en la forma de salir de aquí… En estos instantes, cada vez siento más deseos de

clavarme el pico en la cabeza.

—Si lo haces, sólo conseguirás un beneficio para «CMDMO-Cero»…

—¡No concibo que la humanidad esté tan ciega!

—Vas a rematar a Constat con uno de tus gritos, bestia.

Matour dejó de refunfuñar y se inclinó, por fin, sobre el enfermo.

—¿Qué crees que tenga? —preguntó Aldisio.

—Era un tipo muy sentimental, ¿recuerdas?… Amaba a la gente y decía que esto no podía durar, que se darían cuenta.

—Yo también confío en ello…

—¡Estás listo, entonces! ¿No ves a esos guardianes? Cada día parecen más atontados. Te miran y no saben lo que ven. Sólo tienen metido en la mollera que han de vigilarnos para que no escapemos, no saben más…

—¿Por qué no les decimos que Víctor está muy grave? —indicó Aldisio, más optimista que Pierre.

—Ya sabes lo que harán con él, ¿no?

Los dos conocían perfectamente los procedimientos usados con los enfermos. «CMDMO-Cero» quería descifrar el misterio que para «ella» representaba el que algunos hombres se rebelasen contra sus mandatos. Por ello, practicaba con las mentes de los que estaban a punto de morir.

—Lo descuartizarán en pedazos más pequeños que mi dedo. Si se pone peor, prefiero quitarle la vida, ahorrándole sufrimientos, y enterrarlo por aquí.

A Serge Aldisio se le formo un nudo en la garganta. ¡Y la verdad era que, por muy inhumanas que pareciesen las palabras de Matour, aquello era lo más aconsejable!

¡Y pensar que una máquina les había convertido en desechos humanos!

—¡Calla, parece que abre los ojos!

El enfermo levantó los párpados y sus pupilas miraron hacia los rostros de sus dos apenados compañeros.

—¿Cómo te encuentras, Víctor? —preguntó el bruto de Matour.

—Mal…, me duele… el pecho…

—Bah, no es nada. En un par de días estarás dando guerra de nuevo —dijo Serge, tratando de evitar malos pensamientos a

Constat.

—No… Escuchad…, si algo… me ocurre… no dejéis que me lleven…

—Descuida, Víctor; pero no debes pensar esas cosas. Ya verás cómo no tienes nada.

Constat sonrió con tristeza.

Sabía que le llegaba la hora del Viaje Eterno…

* * *

Todas las ciudades de la Tierra construían sus edificios de acero y algunas partes de los habitables con materiales plásticos tan resistentes como el mejor metal. En la Luna, la atmósfera corroía el acero y el que allí se usaba debía tener un temple especial, con una aleación que varios científicos inventaron décadas atrás.

El noventa por ciento de este acero provenía de Chugatna y dos minas más del Asia Central. Eran minas gigantescas, que hendían la corteza terrestre a muchos kilómetros de profundidad.

Cuando las existentes se agotasen, buscarían otras nuevas, y estaría solucionado el problema.

Sin embargo, Chugatna era algo más que una simple mina. Allí estaba instalado lo que podía llamarse campo de exterminio de las pocas personas razonables que quedaban.

Los más temerosos o débiles sucumbían ante las pruebas. Los más fuertes, no. Para «CMDMO-Cero», el trabajo era cada vez más sencillo, pues aquélla era la última generación

Un par de años más y no habría un solo humano fuera de su poder.

¡Un poder erróneo, puesto que aquel gigantesco cerebro electrónico no suponía las consecuencias de sus actos! Al final estaba también su muerte, o ¿«CMDMO-Cero» había supuesto también aquello y sabía la manera de dominar la Tierra sin sucumbir?

En Chugatna vivían hombres y mujeres, éstas las menos. Los seres del sexo débil eran quince en total y estaban siempre encerradas en sus habitaciones, sin salir para nada al exterior.

No tenían contacto con nadie, pero trabajaban. La misión de ellas era revisar las baterías de los robots, cuando una voz se lo

ordenaba por medio de unos micrófonos ocultos.

Sin embargo, la actividad era muy poca. Tenían trabajo para unas dos horas al día, el resto lo dedicaban a pensar sobre su aislamiento. En los últimos cuatro días, tres de ellas se habían vuelto locas y unos robots se las llevaron, después de reducirlas a la impotencia.

Las demás, anonadadas por las escenas que acababan de vivir, permanecían silenciosas, mirándose entre sí y esperando a ver cuál de ellas sería la próxima.

Una de ellas se diferenciaba en algo de las demás. Tenía más carácter y siempre decía que podían escapar de allí, deseos que las otras desecharon por imposibles de realizar.

Sin embargo, Miriam Stanley, alta, de cuerpo esbelto y ojos grandes y profundos, no se daba por vencida.

Hacía días que venía estudiando la manera de entrar y salir de los robots. Lo hacían por la puerta, sin que a través de ésta se viese a guardián alguno fuera.

Sabía que, por lo menos, era posible salir de la estancia. Luego era muy probable que la atrapasen. Pero morir por morir, prefería hacerlo después de haber intentado la huida.

—Estás loca, Miriam —le decían sus compañeras—; no conseguirás llegar a ningún lado. Te matarán.

—Prefiero eso a volverme loca en este antro. En cuanto tenga la ocasión, lo intentaré —contestaba siempre.

Y así lo había planeado. En la próxima ocasión, se jugaría el todo por el todo.

Era doctora en medicina y, como todas las demás, se había opuesto a los designios ordenados por la máquina de su respectivo continente.

La voz de un hombre resonó en el interior de la habitación donde se hallaban confinadas las mujeres, notificándoles la llegada de treinta robots-obreros, y todas se envararon.

Catorce pares de ojos fueron hacia AZAs523871, Miriam Stanley, y la observaron con temor.

—¿Estás dispuesta a hacerlo? —preguntó una, también bastante joven y agraciada.

—Sí, Ingrid.

—¡No lo hagas! ¡Puede que te maten! —pidió otra, temiendo por

la vida de una de sus compañeras más enérgicas.

—Os agradezco vuestro interés, pero estoy decidida. Recordad a las que se llevaron hace poco… Sé que, si me quedo aquí, la próxima seré yo.

Miriam hablaba con voz de tono firme y decidido. Una voluntad inquebrantable la hacía rebelarse contra lo que ella consideraba injusto. Tenía mucho apego a su vida y temor a la muerte; pero no podía soportar aquella inactividad por más tiempo.

Sus nervios estaban a punto de estallar. Sufriría un ataque de histeria, como les había pasado a otras, y ella prefería la muerte violenta a que se sirviesen de su cuerpo y de su mente para experimentos científicos.

—¡Ahí están! —gritó de pronto una de las mujeres.

Todas se volvieron hacia la puerta invisible, que hasta poco antes parecía una pared, y, aterrorizadas, vieron a los monstruos de acero que se acercaban.

La llamada Ingrid, una rubia platino, se separó de las demás y se acercó a Miriam.

—¿Cuándo quieres salir? —preguntó.

—En cuanto lo hagan ellos. Quizá así pase inadvertida.

Ingrid, visiblemente dolorida, asintió con la cabeza y dijo:

—Nosotras haremos tu trabajo. Acércate a la salida y prepárate.

—Gracias, Ingrid; si salgo de aquí, me acordaré de ti.

—Suerte, Miriam.

La rubia se separó después de aquella breve despedida y se dirigió al encuentro de los robots.

En la parte posterior de éstos había algo similar a una caja de mandos y, dentro, las baterías que los hacían funcionar por un período de cuarenta días consecutivos.

Los robots traían también las pilas de recambio en sus manos rígidas; así que bastaba con recogerlas y cambiarlas por las que estaban a punto de agotarse. Ingrid se dio toda la prisa que pudo y efectuó su trabajo en tres de ellos, uno de Miriam. El otro ya estaba en condiciones de salir gracias a otra muchacha.

Los robots tenían el cuerpo redondo, así como las extremidades. Sus caparazones eran de acero pulimentado y les faltaba la cabeza para parecerse a seres humanos de carne y hueso.

Miriam, pegada al muro donde estaba la puerta de salida, sintió

que el corazón le latía con más fuerza que nunca. A sus oídos llegaron los sincopados pasos de los robots al ponerse en movimiento.

Los dos primeros pasaron junto a ella y atravesaron el umbral.

No lo dudó más. Con dos pasos rápidos se colocó entre los robots, procurando no entorpecer el camino de ninguno de ellos Transpiraba copiosamente y sus ojos bailaban de un lado para otro, ante el temor de tropezar con algún guardián.

Durante un lapso de tiempo de unos diez minutos, no ocurrió nada anormal. Anduvieron a lo largo de un pasillo que a ella le resultó conocido.

¡Por allí había entrado el día que la trajeron a Chugatna!

¡Aquello significaba que se dirigían hacia la salida! De no sufrir ningún contratiempo, pronto estaría en la base de aterrizaje de las astronaves de carga.

Recordó el frío exterior. Necesitaría el traje especial, o de lo contrario se arriesgaba a morir congelada.

Ya encontraría una solución. Lo importante era alcanzar una de las naves y esconderse en ella, lo que significaría tanto como una huida perfecta.

Llegaron al pie de un ascensor.

La tensión nerviosa de Miriam iba en aumento. ¡Un poco más y habría conseguido lo que se proponía!

Un grupo de diez robots subió al elevador y Miriam se introdujo entre ellos, como uno más. Por extraño que pareciese, la compañía de aquellos seres mecánicos y silenciosos la reconfortaba, como si le infundiesen más ánimos y calor.

El ascensor se puso en marcha y dio comienzo a una ascensión vertiginosa

Miriam creyó sentir el frío del exterior y se estremeció.

De pronto, el elevador se detuvo a mitad del trayecto y el corazón de la joven estuvo a punto de saltar de su pecho. No habían llegado al exterior.

Vio ante ella la pared azulada y lisa del hueco del ascensor y, por primera vez, pensó que había cometido una locura.

Sintió miedo.

Se dijo que no podía estar allí parada como una estatua y empezó a dar media vuelta. A lo mejor, en el otro lado había una

salida que podría conducirla al pie de un navío interplanetario.

Apenas había dado media vuelta, cuando, por el rabillo del ojo, vio al hombre.

—Hola, AZAs523871.

¡«Ella» la había descubierto!

* * *

Max Joffer abrió los ojos lentamente. La cabeza le daba vueltas, causándole la impresión de estar planeando en el interior de la habitación. Sentía las extremidades terriblemente débiles.

Quiso mover un brazo y le costó grandes esfuerzos. Luego comenzó a recordar lo sucedido durante la Revisión y también a Pascek. A juzgar por la forma en que aquellos guardianes lo llevaban, no debió pasarlo mejor que él.

Olvidándose de que era espiado sin descanso, el odio hacia «CMDMO-Cero» renació en su interior con más violencia. El pensamiento es imposible de detener.

Poco a poco, fue recobrando fuerzas y lucidez en su mente. Se levantó y dio unos pasos por la estancia.

Calculó el tiempo que tardarían en acabar con él si seguían administrándole aquellas descargas. Dudaba de alcanzar el mes de tiempo.

¿Y si renunciara?

¡Jamás se sometería a una máquina! ¡Antes la muerte!

Se acercó al muro de acero que separaba su habitación de la de Ian Pascek y golpeó en él con fuerza, en espera de que el científico pudiese escuchar su llamada. Quería saber si todavía continuaba con vida.

La respuesta fue un absoluto silencio.

Volvió al sillón. Se encontraba desfallecido, falto de alimentos nutritivos.

La situación no podía ser más grave. Comprendió por qué el plazo de estancia allí era un mes. O te doblegabas a «ella», por temor a perecer, o continuabas hasta el término de los treinta días, si llegaba.

Max se decidió por esto último. Cabía la posibilidad de morir antes de pasar el mes, pero, si soportaba las Revisiones, ¿qué le

esperaría después?

Supuso que igualmente la muerte.

¡Moriría, pues, aunque antes pensaba dar mucho trabajo a las computadoras de «CMDMO-Cero»!

* * *

Al día siguiente, Max y Pascek se vieron al ser llevados juntos a observar los trabajos en las minas, donde sólo encontraron a media docena de hombres que manipulaban en complicados cerebros electrónicos y desde donde las órdenes eran captadas por los centenares de robots-obreros.

La visión era fantástica, aunque para los dos «débiles mentales» representaba una clara amenaza para que accediesen al poder de «ella».

Al otro día, nuevo interrogatorio y nueva descarga.

Y así en días sucesivos.

Los dos hombres podían intercambiar algunas palabras de vez en cuando y siempre juraban lo mismo:

—¡Resistiré, Pascek!

—¡Hasta el último segundo, Joffer!

Sin embargo, los castigos empezaron a hacer mella en ambos. Sufrían alucinaciones, sueños que les hacían despertar a medianoche y proferir alaridos espeluznantes, escalofríos, agarrotamiento de piernas y brazos; alteraciones cardíacas…

Ya no eran ni la sombra de los dos hombres jóvenes y fuertes que llegaron veinte días atrás. Estaban más pálidos y delgados, casi demacrados.

Max se asustaba al ver a Pascek, y a éste debía ocurrirle lo mismo cuando observase al joven.

Sin embargo, cuando se veían, la frase era siempre la misma.

¡Resistir y mil veces resistir!

Tenían que demostrarle a «CMDMO-Cero» que quizá no pudieran luchar ni ofrecer repulsas, pero eran más fuertes, ¡y tenían que llegar hasta el fin!

Los días fueron pasando lentamente. Incluso deseabas que las Revisiones llegasen cuanto antes, para terminar de una vez. Era una lucha privada, particular, un desafío entre una máquina y dos seres

humanos de carne y hueso.

El penúltimo día, poco después de la Revisión, les llevaron a las galerías más profundas de la mina.

Allí presenciaron los horrores a los que serían sometidos si pasaban la prueba del día siguiente. ¡Hombres encerrados en bocas ciegas de la galería!

Unos picos, unas raciones de comida sintética y tierra a todo su alrededor, aquello era todo. Tampoco podían soñar en escapar. Unos guardianes vigilaban constantemente las salidas de aquellas grutas, donde unos pocos hombres continuaban resistiendo, algunos de ellos trastornados por completo.

Incluso pudieron ver, incapaces de evitarlo, cómo uno de aquellos prisioneros se suicidaba con un pico. Los guardianes, con la vista perdida en un punto lejano, ni siquiera se dieron cuenta de lo ocurrido hasta que otros reclusos les llamaron la atención, para que el cadáver fuese retirado de allí.

Pascek se volvió hacia Max y sus ojos hablaron en lugar de los labios. El científico expresaba su temor, su duda. Empezaba a mostrar síntomas de flaqueza.

—No, Ian —musitó Max, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro, negando su aprobación a la pregunta del científico.

Pascek abatió la cabeza, avergonzado.

Luego los devolvieron a sus respectivas habitaciones y los encerraron como si nada hubiese sucedido.

Ninguno de los dos podía dejar de pensar en el día siguiente, ¡en la última Revisión! Mutuamente, aun sin verse, se desearon suerte porque realmente la iban a necesitar.

La descarga podía ser más fuerte y mandarlos a los dos al *Más Allá*, cosa que para ellos no cambiaría nada, convencidos como estaban de morir en una de aquellas bocas ciegas de las profundidades.

¡Lo importante era demostrar a «CMDMO-Cero» que eran más fuertes, que ni la muerte podía arrancarles de sus labios un gemido de dolor o una súplica!

Ignoraban que otros muchos, antes que ellos, habían pasado por los mismos trances. Pocos sobrevivieron, ya que unos terminaron regresando a sus anteriores destinos con la mirada perdida para siempre y dispuestos a obedecer, otros murieron en la última

descarga…, y los pocos reposaban en el fondo de la mina.

Max, aún excitado como se encontraba, decidió que tenía que descansar y reunir las últimas fuerzas para mantener un «no» rotundo a flor de labio.

V

La puerta de acero, empotrada en su cavidad natural, se abrió a un lado y dos cuerpos humanos cruzaron el espacio abierto y cayeron en el suelo.

Luego la entrada de la boca ciega se cerró de nuevo.

—¿Has visto, Serge? Nos han traído dos nuevos compañeros.

Aldisio se acercó a la puerta y miró los dos cuerpos que estaban en el suelo.

Uno de ellos aparecía completamente inmóvil, con las piernas y los brazos doblados en una postura grotesca, como había quedado cuando los guardianes lo tiraron allí sin el menor miramiento.

El otro también estaba quieto, pero su labio inferior temblaba ligeramente, así como dos dedos de la mano derecha.

—¿Están muertos, Serge?

—No, pero poco les ha faltado —replicó el aludido, después de hacer una mueca de desagrado.

—¡Vaya, ya somos cuatro! —se alborozó Matour, indiferente ante el grave estado de los recién llegados.

—No te burles, estos hombres necesitan cuidados. El más joven debe de haber recibido una descarga doble… Fíjate…

Los dos se inclinaron sobre el cuerpo de Max.

Aldisio añadió:

—Está inconsciente y tiembla… ¡Esos perros inútiles son capaces de matar un millón de personas con tal de obedecer a un montón de hierros y cables electrónicos!

—¡Los han dejado buenos! ¿Estuviste en la guerra con los venusianos, Serge?

—Sí, un par de años.

—Pues estos que han traído me recuerdan a los nuestros cuando caían alcanzados por los rayos de aquellos energúmenos. Después de muertos, temblaban de pies a cabeza como serpientes enfurecidas.

—¿Crees que sobrevivan, Pierre?

—Sí, aunque mejor les sería estirar la pata ahora, que no se enteran de nada. Aquí durarán muy poco.

Aldisio ponía cara de asco cada vez que su compañero hablaba

de la muerte con aquella indiferencia y frialdad.

—Observa sus rostros y sus vestiduras. No vivían en la Tierra.

—Debían de pertenecer a la colonia de la Luna. Seguramente son científicos que se han dado cuenta de que nos dirigimos hacia el fin del mundo.

—Los pondremos al fondo, recostados en la pared —indicó Aldisio, más caritativo que su compañero.

Matour asintió, y entre los dos llevaron los cuerpos al fondo de la galería, cerca de un montón de piedras. Algunas partes del cuerpo de Max Joffer seguían moviéndose.

Ian Pascek fue el primero en volver en sí, aunque lo hizo, muy lentamente. Cuando la lucidez de su cerebro le hizo comprender dónde se hallaba, Joffer dio muestras de reanimarse.

Aldisio y Matour los observaban impasibles, mirándolos tranquilamente. Por lo menos tendrían de qué hablar durante algunos días. Luego, cuando los cuatro conociesen sus respectivas vidas, desde el nacimiento hasta la fecha en que se encontraban, vendría el tedio y la espera de saber cuál de ellos sería el primero en sucumbir.

Pascek gimió algo y se palpó la cabeza repetidas veces, como si buscase el lugar de procedencia de los dolores que le martirizaban.

Miró a los dos hombres que tenía enfrente y abrió los ojos, asombrado.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Bonita pregunta —protestó Matour, aunque añadió rápidamente—: Dos infortunados como vosotros.

—¿Hace mucho que estamos aquí?

—Unas cuatro horas. Ya empezábamos a pensar que no volveríais en sí jamás. Hace un mes trajeron a un hombre inconsciente, y a los quince días se lo volvieron a llevar en el mismo estado. Yo creo que no recobró el conocimiento jamás.

Ian se inclinaba en aquel instante sobre Joffer, para examinarlo con detenimiento.

—Mi compañero se está recobrando —anunció.

—«CMDMO-Cero» debió de obsequiarle con una ración doble, a juzgar por el estado en que se encontraba cuando os trajeron.

* * *

Dos días después, Joffer y Pascek, bastante mejorados, intercambiaban opiniones sobre un plan elaborado por Max. El joven contaba con la suposición de que «ella» ya no examinaba sus mentes, por lo que podían pensar libremente.

Así lo manifestó a los otros tres.

—Yo soy de la opinión de Max —corroboró Aldisio—. «CMDMO-Cero» nos ha abandonado como casos inútiles y nos confina aquí hasta que muramos.

—Yo no comprendo tu idea, Joffer —interrumpió Matour.

—Es muy sencillo. Se trata de usar el cadáver de Constat como tapadera. Habéis dicho que, si avisamos que tenemos un muerto, los guardianes entrarán a recogerlo.

—¿Y…? —inquirió Pierre.

—Pues que, en lugar de uno, habrá dos. Yo seré el otro.

—Y ¿cómo piensas engañarlos? Ten en cuenta que son hombres que únicamente están pendientes de su misión, no piensan en otra cosa. «Ella» es así, lo tiene todo perfecto —habló Pascek.

Max suspiró. Sabía que era muy arriesgado, pero no quedaba otra solución. Añadió:

—Vosotros lleváis el cadáver de Constat y el mío a la puerta, de manera que primero recojan el de Víctor. En esa operación tardarán tres o cuatro segundos; no creo que tengan dudas de que está muerto. Luego me tomarán a mí. Dispongo de poco tiempo, lo sé; pero cuando se den cuenta, ya habré rebasado la puerta. ¿Sabéis si vienen por parejas?

—Sí, de dos en dos —replicó Aldisio.

—Bueno, si consigo entretenerlos sin que cierren la puerta, vosotros podréis ayudarme en caso de apuro —terminó diciendo Max.

—Desde luego —afirmó Matour, entrelazando los dedos de sus manazas.

Pascek y Aldisio estaban más pensativos. Veían demasiados peligros y pocas posibilidades de conseguir el éxito que anunciaba Max.

—¿Qué haremos después? —inquirió Ian.

—Tú eres la pieza principal, Pascek.

El aludido se sobresaltó.

—¿Yo?

—Sí, eres científico y, por tanto, sabes muchas más cosas que yo. Mi plan va mucho más lejos. He pensado en que, para destruir a «CMDMO-Cero», tenemos que encargarnos primero de las máquinas que dirigen esta mina. Eso acarreará graves problemas a «ella», tanto, que puede que se olvide de muchas cosas durante algún tiempo y dedique todas sus computadoras y cerebros electrónicos al trabajo de solucionar el serio problema que nosotros le plantearemos.

—¿Y los hombres que hay en la mina? Constituyen un peligro más grande —terció Aldisio.

—A mi juicio, el mayor peligro, no sólo para nosotros, sino para toda la humanidad, es «CMDMO-Cero». Aunque, claro está, no podemos olvidarnos de los guardianes. Podrían recibir órdenes telepáticas de disparar a matar o destruir la mina. Por eso pienso que tú, Pascek, eres la pieza principal.

—¿Cuál será mi trabajo?

—Tendrás que inutilizar todas las máquinas menos las excavadoras, y luego dirigir a los guardianes, como si nada hubiese sucedido, al mismo tiempo que «ella», desde la Luna, pierda todo contacto. ¿Comprendes?

Los tres hombres pusieron cara de perplejidad. El joven no se conformaba con escapar, si lo conseguía, sino que aún se aventuraba a una lucha abierta.

Max comprendió que sus compañeros no esperaban conseguir tanto, ¡pero tampoco la máquina esperaba semejante ataque! Tendría que pensar y hacer muchos números y, por muy veloz que fuese, la mente humana es mucho más rápida.

—No sé, Max; no sé… —dudó Ian.

—Reconozco que es muy arriesgado, pero tenemos que decidirnos. Con estar aquí, no ganaremos nada. ¿Tú qué dices, Matour?

—¡Al diablo con todos los temores! Una vez, en la guerra contra Venus, tuve que tomar una decisión parecida. De quince mil robots y cien hombres no quedamos más que otro tipo y yo, pero ganamos, y las pérdidas de ellos fueron diez veces mayores.

—¿Aldisio?

—Yo iré con Matour.

Max miró a Pascek.

—¿No nos negarás tu colaboración, Ian? —indagó el joven, extrañado.

—Desde luego que no, sólo decía que era demasiado arriesgado. Pero ¡lo conseguiremos!

—Entonces manos a la obra. Primero desenterraremos a Constat.

Aquello no era del agrado de ninguno. Sin embargo, tenían que hacerlo; así que se acercaron al montón de piedras y comenzaron a apartarlas.

—¡Pobre Víctor, si supiera lo que hacemos con él! —se quejó Serge.

—¡Estoy seguro de que hubiera muerto a gusto! —exclamó rápidamente Matour.

A los pocos minutos, el cadáver del infortunado Constat estaba fuera de la fosa abierta por Pierre y Aldisio. Max se tumbó al lado del muerto, procurando quedar de la manera más rara posible.

Con un lado de la cara pegado al suelo negro de la fosa, dijo:

—Ya puedes empezar, Matour.

El aludido fue hasta la puerta y empezó a golpearla, al mismo tiempo que vociferaba a pleno pulmón:

—¡Venid, cerdos! Hay dos muertos que empiezan a apestar…

—¿No me oís?

Pascek y Aldisio se pusieron de pie junto a los dos cuerpos caídos, mirando a la puerta de reojo, mientras se encomendaban a la clemencia Divina.

Pierre continuaba gritando. De pronto, la puerta empezó a moverse lentamente y el temor a que hubiesen sido descubiertos por «CMDMO-Cero» se hizo más intenso.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz de un guardián que había tras el resquicio abierto.

—Hay dos «fiambres». Uno de los que habéis traído hace poco ya estaba muerto —explicó Pierre.

—Está bien, tráelos.

—¿Yo?

—Sí, tú…

La puerta se abrió más, y los cuatro reclusos pudieron ver al otro guardián con la pistola paralizadora apuntándoles, dispuesto a disparar al menor gesto sospechoso.

Matour se acercó al cuerpo de Constat y lo tomó por las axilas.

Lo arrastró hasta la salida e intentó atravesar ésta con el cadáver, pero los otros se lo impidieron.

—¡Quieto ahí, demente! —ordenó uno.

Los llamaban así porque, para los subordinados de «CMDMO-Cero», ellos estaban locos y no sabían lo que hacían.

Matour se detuvo.

—Trae el otro —volvió a ordenar el guardián.

El que le acompañaba sujetó al muerto por el pelo y lo acercó hacia sí hasta tenerlo junto a sus pies. En su mano brillaba la pistola.

Los dos hombres que estaban en el interior de la cueva, Aldisio y Pascek, sintieron que les faltaba la respiración al notar que los cancerberos eran demasiado peligrosos y limitaban las posibilidades de éxito.

Pierre llevó el cuerpo inerte de Max hasta la salida y lo dejó en el mismo lugar en que depositara a Constat.

—Ya puedes irte, demente —ordenó el guardián más cercano, mientras su compañero aferraba a Max por el brazo.

El que había hablado se dispuso a cerrar la puerta de acero y, entonces, un terremoto pareció caer sobre ellos.

Max, que era arrastrado por un brazo, alargó la mano, aferrando la del guardián, y tiró salvajemente. El tipo, sorprendido, se vio impulsado hacia delante y cayó sobre su compañero.

Una pistola paralizadora se disparó y sus rayos, al estrellarse contra una de las paredes de acero, despidieron destellos muy brillantes, que cegaron por unos momentos a los que luchaban.

Max se tapó los ojos con una mano y se abalanzó sobre el que estaba más cercano a la puerta, derribándolo. Luego le golpeó en las fosas nasales con todas sus fuerzas.

Sobre él y el guardián pasó una tromba humana. Era Pierre.

En escasos segundos, sin apenas darse cuenta de lo que sucedía, los dos sabuesos quedaron reducidos a la impotencia y sumidos en un profundo sueño.

—¡Adentro con ellos! —rugió Joffer. Y añadió—: Matour, quédate fuera, por si viene alguno más.

Entre los tres introdujeron a los inconscientes guardianes y a Constat en la tenebrosa celda y despojaron a los dos primeros de sus ropas, de tejidos cristalizados y brillantes.

Joffer y Pascek se las embutieron en un abrir y cerrar de ojos. También se apoderaron de las pistolas, poco más grandes que las palmas de las manos, y se las colocaron en las fundas que llevaban los trajes.

—Vamos, procuraremos apoderarnos de otros trajes para vosotros.

—¡No tardar mucho! —apremió Aldisio.

Los dos hombres salieron. ¡La lucha acababa de dar comienzo!

Pierre estaba más impaciente y nervioso que ninguno.

—¡Lo hemos conseguido! —declaró alborozado.

—Vigilad bien a los dos durmientes —indicó Max,

Más tarde, él y Pascek avanzaron a lo largo del pasillo, procurando adoptar las mismas expresiones estúpidas que los dos hombres a quienes habían reducido a la impotencia.

Bruscamente, por una de las ramificaciones del corredor, apareció otra pareja. Casi chocaron unos contra otros.

Max, consciente del peligro constante que suponía «CMDMO-Cero», hizo una seña a Ian para que lo dejase actuar a él y se encaró con los otros.

—Hay unos dementes que parecen inquietos. Veníamos a por refuerzos —mintió con todo desparpajo.

—¿Dónde? —indagó uno, sin perder la luz semiapagada de sus ojos.

—Venid con nosotros.

El joven quería aprovechar sus trajes para Matour y Aldisio y también silenciarlos sin que tuviesen tiempo de pensar, para que así «ella» no notase nada extraño, hasta el momento en que la mina quedara incomunicada con la base principal de la Luna.

Ian y él echaron a correr por el mismo camino que habían traído. Los guardianes, altos y de fuerte constitución, les siguieron al mismo paso.

Al llegar ante la galería-celda, los dos últimos se adelantaron para mirar por la puerta abierta.

A sus espaldas, dos pistolas paralizantes los encañonaron y dispararon al mismo tiempo.

Quedaron los dos tiesos al recibir la descarga. Luego, cuando iban a caer, Aldisio y Pierre salieron de la celda y los introdujeron en ella.

Luego escaparon rápidamente y se acercaron a sus compañeros.

—Lo importante ahora es encontrar la central electrónica que dirija esta mina. Nos dividiremos en dos grupos. Pascek y Matour, en uno; Aldisio y yo, en el otro. —Serge se aproximó a Joffer, y éste añadió—: Si paralizáis a algún centinela más, tened cuidado de hacerlo sin que se entere, así no pensará… ¿Entendido?

Ambos asintieron con la cabeza y se alejaron pasillo delante. Joffer y Serge les siguieron y luego se desviaron a la izquierda, para abarcar más terreno.

—La central estará arriba, Max, casi en la superficie —indicó Aldisio, algo pálido por la excitación del momento.

—Buscaremos un ascensor. Un retraso de una décima de segundo puede significar el fracaso.

Avanzaron todo lo rápidamente que pudieron. En un par de ocasiones se cruzaron con otras parejas de guardianes, que ni siquiera les prestaron la más mínima atención. Eran un poco menos autómatas que los robots. Miraban hacia delante, con la cabeza alta y los ojos quietos.

Max no podía evitar un escalofrío cada vez que pensaba en que, posiblemente, toda la humanidad sería así.

¡Que no habría nadie para salvar a los que habían caído en las redes de «CMDMO-Cero»!

Llegaron a un punto en que el pasillo se dividía en dos. Dudaron sobre cuál tomar.

—Vamos por la derecha —dijo Max.

Aldisio siguió sus pasos algo más vacilante. Confiaba poco en el éxito de aquella empresa, aunque estaba dispuesto a continuar hasta el fin.

De repente, un grupo de robots apareció ante ellos. Caminaban con pasos secos y lentos. El acero de sus corazas refulgió.

—¿Qué hacemos, Joffer?

—Seguir.

—Pero…

—No te preocupes, aunque nos vean, seguirán su camino. Apártate a un lado.

Uno se pegó a la pared derecha del pasillo y el otro a la izquierda, mientras los robots se acercaban cada vez más a ellos. A pesar de saber que eran completamente inofensivos, los dos

hombres desenfundaron sus pistolas paralizantes y los encañonaron.

De pronto, la formación mecánica se rompió y uno de aquellos autómatas cayó al suelo estrepitosamente, entorpeciendo el paso de los demás. Al mismo tiempo, algo así como una sombra echó a correr en dirección opuesta.

—¡Nos han descubierto, Max! —rugió Serge.

Joffer vio que su compañero seguía a la persona que escapaba con su pistola y gritó:

—¡No dispares, Serge! ¡No lo hagas…!

El aviso llegó demasiado tarde. Unos rayos brillantes fueron velocísimos al encuentro del perseguido, el cual pareció saltar bruscamente del suelo antes de caer desplomado.

Joffer echó a correr hacia allí, olvidándose de los robots y de Aldisio. ¡Había visto que la persona que quería escapar era una mujer!

Se agachó sobre el cuerpo rígido de una muchacha joven y la volvió boca arriba. Era bonita, muy bonita…, ¡y no sólo de cara!

Serge llegó a su lado.

—Perdona, Max; no me di cuenta de que era una chica.

—Es igual, no está muerta… Tampoco nosotros podemos fiarnos, y ella echó a correr sin ningún aviso —replicó Joffer, levantándola, para colocársela sobre el hombro.

—¿Qué haces? ¿No pensarás llevarla así?

—¿Por qué no? Puede saber muchas cosas que nosotros ignoramos. Además se asustó al vernos con estos uniformes.

—Sí, es verdad.

—Eso quiere decir que huía de ellos, ¿comprendes?

Aldisio bajó la cabeza, maldiciéndose a sí mismo por haber disparado.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en volver en sí? —inquirió.

—Media hora, o menos. Sin embargo, para entonces, ya debemos dominar la mina. Avanza unos metros y averigua adonde conduce este pasillo.

Aldisio cumplió lo indicado por Max y regresó a los escasos segundos. Venía sudoroso y excitado.

—¡Hay dos guardianes ante una puerta! ¡Están armados con fusiles desintegradores…!

—¡Maldita…! Con eso no habíamos contado —rezongó Joffer, al

comprender el peligro que suponían aquellos hombres.

Y la muchacha dificultaba más su situación. Pensó en dejarla allí, pero no: la llevaría consigo. Tenía la impresión de que era una reclusa como ellos y una mujer como quedaban pocas.

—¿Qué hacemos, Max? —urgió Serge, cada vez más pálido y tembloroso.

—¿Te han visto?

—Sí, y me han mirado de una forma extraña.

—Bien, iremos a su encuentro y les diremos que la chica quería escapar y la hemos detenido. Tú no enfundes la pistola y a la primera ocasión los paralizas. Yo me haré el desentendido.

Serge, tragó saliva. No debía seducirle la idea de su acompañante.

VI

Pascek y Matour vieron ante ellos infinidad de puertas todas iguales y cerradas. Aquello era un verdadero laberinto y el tiempo corría. En cualquier instante, «ella» podía hacer cábalas, notar que ciertos números y letras no respondían debidamente y mandar a otros guardianes para que comprobasen lo que ocurría.

—Tú empieza a abrir por un lado y yo por el otro, Ian —dijo Pierre, furioso. Y añadió—: A cada tipo de esos que veas, lánzale una descarga.

—No sé si debemos hacerlo.

Ante los titubeos de Pascek, Matour pulsó un botón cercano a una puerta y ésta se abrió al instante.

Dos guardianes dormitaban plácidamente. Continuaron durmiendo en las mismas posturas, gracias a la descarga del ex reo. Ian dejó a un lado sus dudas y le imitó a una velocidad vertiginosa.

En algunas estancias hallaron guardianes, en otras talleres de robots y un sinfín de cosas más.

Así, llegaron ante la puerta de un ascensor, en el que penetraron y pulsaron luego el último botón. En un abrir y cerrar de ojos, se encontraron en la superficie.

Un aire muy frío azotó sus cuerpos no protegidos para soportar aquella temperatura.

—No podemos continuar aquí, Ian —dijo Pierre, aterido de frío.

—¡Bajemos de nuevo!

Volvieron a descender, en espera de encontrar los trajes adecuados para salir y apoderarse de una de las astronaves que había allí estacionadas y que podría conducirles al final de la meta marcada por Joffer: ¡la Luna!

—¡En una de las habitaciones me ha parecido ver lo que necesitamos! —advirtió Pascek.

En cuanto alcanzaron el piso deseado, comprobaron que las cosas se estaban poniendo más difíciles de lo que habían pensado en un principio. Tropezaron de bruces con tres guardianes armados con fusiles desintegradores.

La sorpresa se inclinó a favor de los dos perseguidos, quienes consiguieron disparar primero, y los centinelas quedaron

paralizados inmediatamente. En sus rostros mostraban las huellas de una enorme sorpresa, inconcebible.

Pierre se apoderé de uno de los fusiles desintegradores y disparó una carga para comprobar su buen estado.

—Ten cuidado, Matour; puedes matar a alguien —le aconsejó Ian.

—Y ¿qué quieres que hagamos? No podemos dejarnos asesinar impunemente —protestó Pierre.

La cara de Pascek estaba seria.

—De todas formas, hemos de comprender que estos hombres no saben lo que hacen. Sería un crimen matarlos.

—Estoy de acuerdo contigo, Ian; aunque, si no lo hacemos nosotros, ellos acabarán con nosotros…

—Bueno, en caso de apuro, no nos quedará más remedio. De momento, debemos buscar la central. No sabemos lo que habrá sido de los otros dos.

De pronto, el ruido de muchas carreras rompió el silencio en que estaba sumido el pasillo.

* * *

Aldisio avanzó cautelosamente, sin demostrar prisa alguna, y siendo seguido por Joffer y la muchacha. Los dos centinelas armados les miraron torvamente y se envararon.

Los tres «dementes» siguieron su avance, aparentando indiferencia.

—¡Deteneos! —gritó uno de los guardianes.

—Esta mujer intentaba escapar y la hemos detenido —contestó Serge, notando que la sangre desaparecía de su rostro.

El centinela puso cara de contrariado y levantó el fusil. Había una separación de unos quince metros entre ellos.

—Id en busca del jefe de grupo y entregadla; es la misma que intentó escapar hace unos días.

El guardián, después de hablar, manipuló en el fusil; seguramente preparándolo para disparar.

—Es una rebelde —comentó Serge para ganar tiempo, mientras seguía avanzando.

Max, con la muchacha sobre el hombro, también avanzaba.

—¡He dicho que os detengáis!

Serge comprendió que tenía que actuar con toda rapidez, pues el otro estaba perdiendo la paciencia por momentos, Le bastó mover ligeramente la pistola y apretar el pequeño gatillo del arma para que los rayos alcanzasen al primer guardián.

El segundo abrió los ojos, sorprendido, y quiso pasar a la acción pero Aldisio fue más veloz.

—¡Creí que no te decidías, Serge! —exclamó Max, respirando más aliviado.

Luego, con la mano izquierda, se apoderaron de los fusiles. Las cosas podían llegar al extremo de tener que matar y ellos estaban dispuestos a vencer a «CMDMO-Cero» fuera como fuese.

¡Toda la humanidad, aun sin saberlo, estaba en juego!

Joffer se colocó ante la puerta que vigilaban los dos guardias y aprestó la diminuta pistola.

—¡Abre, Aldisio!

Serge se acercó a la pared y presionó el botón automático.

La puerta, como todas las de la base minera, desapareció en uno de los lados, y Max pudo ver una nave de dimensiones gigantescas, con máquinas enormes y un enjambre de luces que parpadeaban incesantemente.

De pronto, la luz azulada de todos los pasillos y estancias se tornó roja como la grana, hiriendo las retinas de los dos rebeldes.

—¡Es la alarma, Joffer! —aulló Aldisio.

—¡Vamos adentro!

Max, además de los instrumentos mecánicos allí instalados, había observado la presencia de varios hombres que corrían desconcertados, sin saber a qué punto exacto debían dirigirse.

Las pistolas paralizadoras de los dos escapados entraron en acción disparando hacia ellos y dejándolos inmóviles en los mismos sitios en que eran alcanzados.

No supieron el tiempo justo que duró aquello, solamente que se vieron solos, rodeados de algunos cuerpos que más bien parecían estatuas de mármol.

—¡Las máquinas, Aldisio! ¡Hay que detenerlas una por una! —gritó Joffer.

Algunos letreros con instrucciones indicaban los mandos de diferentes aparatos, pero éstos eran los menos. Muchas luces se

apagaron para siempre, ignorando Max y Serge qué grupos de robots comenzaban a quedar inmóviles.

¡Una sombra de muerte pareció inundar las entrañas de la mina, paralizando toda vida humana y mecánica!

—¡Aquí, Joffer!… ¡Rápido!

El aludido escuchó el grito de aviso de su compañero y corrió hacia él.

Aldisio estaba detenido ante una puerta de acero, de un grosor difícil de imaginar. Las descargas de su fusil desintegrador no habían hecho mella en la entrada.

—¿Qué supones que sea? —indagó Serge.

—No sé…, aunque ahí dentro puede estar el cerebro electrónico que se halle en comunicación con la Luna.

—¿Crees que haya dado la alarma a «CMDMO-Cero»?

—Es de suponer… —fue la lacónica respuesta de Max.

Los dos sabían que «ella» podía hacer que toda la mina saltase por los aires, simplemente haciendo estallar el regenerador atómico.

—Tenemos que averiguar lo que hay dentro —añadió Joffer.

Aldisio no preguntó más. Conscientes del peligro en que se hallaban, comenzaron a buscar los mandos que abrirían aquella puerta.

Ya estaban desesperados ante su búsqueda infructuosa, cuando Matour y Pascek aparecieron tras ellos. Venían sudorosos y excitados.

—¿Qué ha ocurrido, Ian?

—Tuvimos que disparar contra una docena de guardianes que nos tenían acorralados… ¡Estas armas son horribles!

Señaló los fusiles desintegradores con una mueca de horror y desagrado indescriptible.

—Ya nos cuidaremos de ellos más tarde, Pascek; de momento, tenemos que entrar en esa habitación. Suponemos que en ella debe de encontrarse el control atómico de la mina.

Ian, como científico, debía conocer mejor aquellos extraños aparatos. Se hizo cargo de la situación y, con aparente calma, empezó a revisarlos uno por uno, seguido de las miradas angustiosas de sus compañeros.

Se aproxime a un tablero de mandos, en el que todavía brillaban algunas luces, y, tras pulsar unos mandos, las luces se apagaron.

Luego la misteriosa puerta se abrió hacia dentro, y los cuatro hombres miraron, obsesionados, hacia su interior.

¡Allí estaba el reactor nuclear que suministraba energía a toda la mina!

Sin él, toda la vida de aquel extraño complejo ideado por «CMDMO— Cero» quedaría paralizada.

Unas letras fosforescentes indicaban que la estancia allí era peligrosa, si ésta se alargaba por más de cuatro minutos.

Ian Pascek atravesó el hueco abierto, mientras los demás le observaban intranquilos, con los corazones anhelantes ante lo desconocido y lo misterioso.

¡La reacción de «ella» podía tener lugar en cualquier momento!

Ahora podían estar bajo sus mandatos telepáticos. Bastaba una orden hacia sus cerebros, para que éstos no la asimilasen y se convirtiesen en verdaderos dementes.

¡No podían olvidar que, si no estaban muertos, era porque «CMDMO-Cero» se creía perfecta y juzgaba la muerte violenta como algo innecesario, pues, para «ella», el cerebro lo era todo!

Pero, a fin de cuentas, era una máquina…, un instrumento que podía sufrir un error, el debilitamiento de unos cables o mandos, y millones de personas morirían de la forma más espantosa que jamás nadie pudo imaginar.

Toda la responsabilidad recaía sobre aquellos cuatro hombres que intentaban una acción desesperada, para que el mundo continuase siendo mundo y el hombre, hombre, no un ser mecanizado que podía sucumbir por el simple fallo de un circuito electrónico.

A lo largo de la historia de la Tierra, siempre había habido momentos sublimes y decisivos en los que unos hombres han jugado con las vidas o acontecimientos de miles, quizá de millones de personas… Pero ¡nunca, como en aquel instante, se había decidido con toda la humanidad en pleno!

No era de extrañar, pues, que Joffer, Matour y Aldisio mirasen los movimientos de Ian con ojos desorbitados.

El científico se acercó al reactor nuclear y estudió sus mandos detenidamente. Prefería correr el riesgo de que «ella» los eliminase a cometer una equivocación y provocar una explosión.

Más tarde, cuando estuvo seguro de no fallar, comenzó a

accionar mandos y contactos.

De pronto, todo quedó sumergido en una oscuridad completa, impenetrable.

—¡Pascek! —rugió la voz de Max.

—¿Sí?

El joven soltó un suspiro de tranquilidad.

El peligro había pasado por el momento.

—¿Estás bien, Ian?

—Como nunca… ¡Ha sido más fácil de lo que yo pensaba!

Los tres notaron que la voz del científico se aproximaba a ellos.

—Ahora estamos fuera de la influencia de «CMDMO-Cero» —comentó Joffer.

—Sí, Max; pero tampoco ganamos nada con esto.

—Lo sé perfectamente —respondió Max—. Sin embargo, necesitábamos hacer esto primero. Ahora nosotros no podemos atacarla, pero «ella» tampoco a nosotros.

—Y ¿qué sugieres que hagamos? —quiso saber Pascek.

—Nuestros próximos pasos han de ser: en primer lugar, nos dividiremos en dos grupos; por ejemplo, como hemos actuado hasta ahora. Tú, Pascek, con Matour, te quedarás aquí; vuestra misión será estudiar los mecanismos de la mina, mientras nosotros, Aldisio y yo, viajamos hacia la Luna. ¿Comprendéis?

—Sí, pero tardaremos mucho tiempo en ponerlo todo en funcionamiento de nuevo.

—No lo creas, Ian. Calculo que habrá más hombres encerrados en esta mina. ¿Recuerdas aquellos que nos enseñaron durante el mes que estuvimos pasando las Revisiones?

—Sí, ya sé lo que quieres decir. Supones que entre ellos habrá científicos y gente que pueda ayudarnos, ¿no es así?

—Exacto. Tienes que conseguir que todo ofrezca una normalidad absoluta, mientras que nosotros nos dirigimos a la Luna. Aun así, el riesgo será mucho.

—¿Y los guardianes? —preguntó Matour.

—Eso es muy sencillo. En el momento en que todo funcione con normalidad, ellos también lo harán. Tened en cuenta que no piensan con iniciativa propia, sino por mandatos telepáticos. Vosotros domináis los controles de la mina, pero sólo en apariencia con los guardianes y robots. Para «CMDMO-Cero», algo habrá

fallado.

»Dios quiera que Aldisio y yo lleguemos a tiempo —fueron sus últimas palabras.

A pesar de la oscuridad que lo invadía todo, los hombres se entendían perfectamente.

—Lo que me hace temblar es el no saber cómo reaccionarán los millones de seres de la Tierra cuando dejen de recibir órdenes mecánicas.

—Ése es un riesgo que debemos correr, Pascek. Lo principal es destruir a «CMDMO-Cero». Si lo conseguimos, ya habrá tiempo de pensar en lo que tú dices, Ian.

—Confío en que todo saldrá bien, Joffer.

—Gracias, Pascek.

El joven fue a decir algo más. Sin embargo, notó que la muchacha, que todavía llevaba sobre el hombro izquierdo, empezaba a dar señales de vida y se agitaba inquieta.

De pronto, un agudo grito femenino sobresaltó a los cuatro hombres. El más sorprendido fue Joffer, quien se vio atacado por un sinfín de golpes con piernas y manos.

—¡Bandido, suélteme!… ¡Granuja, estúpido…!

—¡Maldito esbirro…! ¿No me ha oído?… ¡Quiero que me baje!

Max escuchó los insultos con agrado. Hacía mucho tiempo que no escuchaba chillidos femeninos, propios de una mujer de cuerpo entero. Todas las de la Luna eran simples piezas de una máquina más y habían perdido hasta la feminidad.

Max Joffer, por extraño que parezca, estaba contento de oír aquellos chillidos.

Los golpes arreciaron, demostrando que la mujer no se daba por vencida. Él sonrió más aún.

—¿Cómo se llama, señorita? —preguntó.

—¡Ah!, ¿pero habla usted como un ser normal? —respondió la voz chillona de ella.

—Desde luego, ¿qué se había pensado?

Ella debió de darse cuenta de que había algo anormal en todo aquello. La forma de hablar de Joffer se diferenciaba notablemente de la de los guardianes, siempre fría y mecánica.

—No he pensado nada, pero quiero apoyarme en mis propios pies.

—Todavía no me ha dicho su nombre…

La muchacha gruñó algo ininteligible y añadió:

—Miriam Stanley… ¡No crea que le voy a decir todo ese montón de números y de letras que ya me tienen más que harta!

Ahora, Joffer no pudo reprimir una carcajada. Le gustaba el carácter de la chica.

La tomó por la cintura y la depositó luego en el suelo, notando el nervio que dominaba a la muchacha. Luego, obedeciendo a un impulso natural, la atrajo hacia sí y la besó.

Miriam, proyectó su mano sobre la mejilla de Joffer y le propinó tal bofetada, que éste tuvo que soltarla. El hombre rechinó los dientes, enfadado, aunque sin soltarla. Y tuvo que parar un nuevo golpe, en el otro lado de la cara.

—Me parece que nos vamos entendiendo —murmuró él.

Alrededor de ellos sonaron las risas de los tres hombres que, a ciegas, escucharon la breve lucha.

—¿Quién es usted? —preguntó ahora ella.

—Max Joffer.

—Vaya…, a usted tampoco le gustan los números y las letras.

—Desde luego que no.

—¿Y qué hace aquí entonces?

—He venido a buscar mujer para casarme. Una mujer que sepa hablar de cosas que no sean cables electrónicos, robots y reacciones nucleares.

Una risa argentina resonó ahora en los oídos de Joffer.

Luego, el joven narró a la muchacha todo cuanto había sucedido y el error que cometieron al disparar contra ella. Miriam, al principio, no daba crédito a lo que estaba oyendo, aunque más tarde tuvo que creer las palabras de él.

—¡Entre mis compañeras hay algunas que sabrán algo de física y mecánica! ¡Todas nosotras somos especialistas! —informó.

—Nos serán de mucha ayuda, Miriam.

Al salir de la nave de control, escucharon disparos de fusiles desintegradores, lo que echó por tierra la hipótesis de Joffer. Sin embargo, después de muchas horas de lucha, lograron reducir a los guardianes armados y encerrarlos en una de las habitaciones.

Las mismas mujeres construyeron unas linternas con las baterías de los robots y varias piezas más. Así consiguieren apoderarse de

todas las dependencias, sin que para ello tuviesen que poner el reactor nuclear en marcha y delatarse a «CMDMO-Cero».

Mientras no pudiesen contrarrestar las órdenes del cerebro electrónico instalado en la Luna, tenían que obrar de aquella manera.

Joffer y Matour bajaron a lo más profundo de la mina y hallaron numerosas bocas ciegas, idénticas a aquéllas en que habían estado encerrados. Los hombres fueron liberados y, al principio, no daban crédito a la verdad.

—Necesitamos todos los científicos y hombres que tengan nociones de electrónica —pidió Joffer.

Los recién salvados no pasaban del centenar, pero entre ellos había un buen número de la clase pedida por el joven. Pronto, aquellos hombres cobraron vida y subieron a los controles, donde Pascek les puso al corriente y les informó de cuál debían debía ser su trabajo.

Los cerebros electrónicos que recibían las órdenes de «CMDMO-Cero» fueron inutilizados y todas las demás máquinas que suministraban la energía necesaria para la mina quedaron a cargo de hombres que, con linternas y unas ganas inauditas de aprender, estudiaron su manejo hasta aprendérselo de memoria.

Había trabajo para todos, y horas después todo estaba listo para funcionar de nuevo, aunque fuera de control de «ella».

Necesitaban hacer funcionar todo aquello para proporcionar iluminación a los pasillos y que los ascensores les llevasen a la superficie, ya que la única salida era por allí.

De momento, todo les salía a pedir de boca, pero no ignoraban que las reacciones serían crueles. No sabían cómo actuaría «CMDMO-Cero» ante aquella rebelión.

Podía mandar al ejército de la Tierra —ciertas unidades especializadas que sólo vigilaban el espacio.

Por lo tanto, no podían perder un solo segundo. Como estaba previsto, Joffer y Aldisio serían los principales ejecutores del ataque. Si ellos fracasaban en la Luna, todos sucumbirían sin remedio.

Sólo que hubo una pequeña variación en el plan: ¡Miriam Stanley estaba empeñada en ir con ellos al satélite natural de la Tierra!

Su decisión era irrevocable, por lo que tuvieron que admitirla en la expedición, aunque a Joffer, interiormente, no le desagrado la idea.

VII

Pascek y los hombres que pasaron a sus órdenes interrogaron a varios de los guardianes especializados en los instrumentos de la mina. Así, sus temores tuvieron confirmación.

Cada uno de los hombres, sin excepción alguna, estaba bajo el control directo de la máquina, por lo que llegaron a la convicción de que «ella» sabía a la perfección todo cuanto había sucedido.

Lo único que faltaba por averiguar era su reacción, como máquina que era. Insensible ante cualquier catástrofe, podía ordenar que todo el continente americano fuese destruido, o la Tierra entera.

El no saber su respuesta a la rebelión era lo que más preocupaba a los cuatro hombres. De momento, los guardianes reaccionaron sin gestos agresivos, observando como títeres de carne y hueso todo cuanto sucedía a su alrededor.

«CMDMO-Cero» debía estar confundida ante la situación.

—Yo creo que sus computadores deben de estar analizando el problema. Hemos de contar con que ha de estudiarlo todo detenidamente, no posee reacciones naturales o propias de un ser humano; ese es su fallo —comentó Ian Pascek.

Joffer meditó las palabras de su compañero; luego, respondió:

—¿No se podría aislar la mina y todos los hombres que estamos en su interior?

—Lo que propones es imposible, Max; las ondas telepáticas tienen un poder incalculable.

—¡Me pregunto quién inventaría esa máquina del demonio! —rugió Pierre Matour de mal genio.

—Eso es un secreto que jamás aclararemos. Quién sabe si sería un cerebro privilegiado o un grupo de genios científicos. De todas formas, hemos de reconocer que es el invento más grandioso que ha logrado el hombre, aunque quizá, también, el de más funestas consecuencias.

«Según los libros de los historiadores, cuando se descubrió el poder atómico y varias naciones antiquísimas construyeron armas nucleares se pensó que aquello sería el fin del mundo. Y sin embargo, se inventaron armas contra atómicas que anularon por

completo el poder de las primeras. Las ciudades, incluso naciones enteras, se aislaban de tal forma que ni millares de bombas atómicas conseguían practicar el menor orificio para que las radiaciones penetrasen en el interior del recinto protegido.

Ian tragó saliva, para suavizar su boca reseca por tan larga explicación, y prosiguió diciendo:

—Sin embargo, «CMDMO-Cero» es diferente, completamente diferente. Yo, como hombre, la odio y mi deseo es destruirla cuanto antes, aunque no puedo evitar cierto respeto hacia los hombres que la inventaron.

«Dotar a una máquina de un cerebro electrónico como el que «ella» posee es algo que sobrepasa todo cuanto uno pueda imaginar.

«Calculad los millones de seres que habitamos en la Tierra…, pues cada uno de nosotros tiene, o tenía, un número que le seleccionaba entre todos, un archivo para cada persona… Y aún diré más: ¡Estoy por asegurar que ni las vidas de los muertos se han borrado de esa ingente memoria mecánica!

«Hay momentos en que dudo si el fallo será de «ella» o nuestro. Si pensamos de diferente manera, colocándonos en su puesto, obtendremos la siguiente teoría: El cerebro humano es débil.

—¡Eso sí que no…! —protestó Matour enérgicamente.

—¿Por qué lo dices, Pierre?… Piensa en esos guardianes. Han dejado de recibir órdenes de «CMDMO-Cero» y ya miran sin ver, actúan sin pensar… En una palabra: ¡no piensan!

—¿Y si fuera que «ella» deteriora las acciones sensitivas de nuestros organismos? —arguyó Aldisio.

Joffer, Matour, Aldisio y Miriam Stanley, que se hallaban entre el grupo de hombres, esperaron ansiosos la respuesta del científico.

La pregunta de Serge no podía haber sido más acertada.

—No lo creo, compañeros; y pienso demostrároslo de una manera bien sencilla. El cerebro es una cosa sumamente delicada; el más leve roce supone la muerte instantánea.

«Por lo tanto, esos hombres lo tienen intacto. A mi juicio, lo que ocurre es que la mente, al no ser obligada a pensar, cavilar en problemas y situaciones apuradas para nosotros, se adormece… No sé definir la palabra exacta…

«Digamos que se hace más pequeño y débil, o, por lo menos, ciertas partes de él.

—¿Significa eso que sólo nosotros estamos normales? —preguntó Max Joffer, temiendo una respuesta afirmativa.

—No, de ninguna manera; lo que quiero decir es que los hombres que se han sometido a «ella» durante mucho tiempo tardarán bastante en recobrar su estado normal.

«Ahora están sumergidos como en un mar de tinieblas. No comprenden y, sin embargo, piensan. Lo que ocurre es que sus cerebros no alcanzan a hacerse cargo de la situación

Los corazones de los que escuchaban se relajaron al quitarse de encima el temor de ver morir a toda la humanidad.

—¡Menos mal…! —exclamó Aldisio

—Hay un nuevo problema, amigos; si esas personas continúan pensando así, haciendo semejantes esfuerzos, muchos de ellos pueden no resistirlo y morirán.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —indagó Joffer.

—De momento, destruir a «CMDMO-Cero». Más tarde, podemos continuar aparentando que la máquina los protege y luego, poco a poco vamos reduciendo sus órdenes. Sin darse cuenta, se hallarán en el mismo estado que nosotros.

Súbitamente, un grito angustiado, lleno de terror, rompió los tímpanos de los reunidos.

—¡«CMDMO-Cero» está entre nosotros!

Un hombre, el mismo que profirió el aullido, pasó corriendo ante ellos y añadió:

—Los guardianes empiezan a reaccionar y se han soliviantado.

—¡No hay tiempo que perder, Joffer! —advirtió Pascek—. ¡Tenéis que salir para la Luna cuanto antes!

—Pero…

—¡No te preocupes, Joffer; nosotros nos encargaremos de la situación aquí!

Max tomó a la muchacha por el brazo y ambos corrieron hacia los ascensores. Aldisio que se había dado cuenta, fue tras ellos y se les unió en menos de cinco segundos.

Lo primero que hicieron fue entrar en una de las habitaciones y apoderarse de tres de aquellos trajes térmicos. Luego, con ellos puestos, subieron a uno de los ascensores, el cual les condujo rápidamente a la superficie.

Afuera, el paisaje no había cambiado en absoluto. La nieve y las

bajas temperaturas reinaban en los glaciares y las montañas.

Max divisó una astronave, a cuyo pie había ingentes montones de mercancías que debía de hacer poco que fueron descargadas. Los robots, paralizados por Pascek, permanecían inmóviles, como simples muñecos inertes.

—Seguidme —dijo Max.

En sí la orden sólo era para Aldisio, pues él no soltaba a la chica para nada, y ella tampoco hacía nada por liberarse.

Uno de los ascensores los llevó hasta la entrada de la astronave, en la que penetraron sin más dilatación. Era muy parecida a la que trajo a la mina a Max y Pascek.

Ahora, surgía un nuevo problema: la tripulación del transporte interplanetario era muy posible que no quisiera remontar el vuelo sin la autorización de «CMDMO-Cero».

¡En aquel caso volvería a imperar la fuerza!

Encontraron una estancia que podría servirles de refugio hasta que llegasen al satélite natural de la Tierra.

—Quedaos aquí, mientras yo busco a la tripulación.

Miriam tuvo que soltar la mano de Max. Se miraron a los ojos

—Prométame que se cuidará, Joffer —murmuró.

—Lo haré, Miriam; prometido.

Le gustaba Miriam y él a ella. Bastaba con observarlos para darse cuenta de que estaban enamorados, a pesar de que hacía muy poco que se habían conocido.

Para los dos valían las mismas razones. Ambos eran rebeldes a «CMDMO-Cero» y acababan de conocer lo que siempre habían deseado: la pareja que tuviese los mismos pensamientos.

—¡Cuidado, esta se mueve!

Al tiempo que Serge daba el aviso, su cara palidecía como el papel.

La reacción de Joffer fue vertiginosa. Empujó a la muchacha hacia dentro y pulsó el botón de cierre de la puerta.

Acto seguido, avanzó pasillo adelante, pensando en que quizá la tripulación tenía órdenes de volver de vacío o dirigirse a una capital de la Tierra.

No olvidó a «CMDMO-Cero», cuya amenaza era constante.

Como era inexperto en el manejo de naves interplanetarias, tuvo que dar muchas vueltas por el navío hasta encontrar el camino

recto que le conducía a la cabina de mando.

En cuanto lo halló, la pistola paralizadora apareció en su mano derecha, juzgando necesario el usarla. Aquel instrumento estaba dando maravillosos resultados, pues así se evitaban tener que matar personas inconscientes de sus actos, pero que podían convertirse en temibles enemigos.

La cabina de mando estaba completamente aislada del resto de la nave por medio de una compuerta de un grosor inimaginable. De aquella forma, aunque el cohete sufriese daños importantes, la cabina, con los únicos humanos que viajaban regularmente en su interior, podían separarse del resto y salir indemne.

Era un sistema de seguridad ideado durante la guerra contra Venus. La cabina incluso poseía unos pequeños propulsores, aunque éstos alcanzaban pocas distancias.

Observó la compuerta con detenimiento. En el lado derecho tenía los mandos para abrirla y los accionó, al tiempo que preparaba la pistola para cualquier emergencia.

La entrada quedó franqueada. Max atisbo hacia el interior, pero no logró ver nada. Infinidad de aparatos de navegación adosados en las paredes le obstruían la vista

Cruzó la puerta y se pegó a una computadora. Calculó que, tras el instrumento, debía de estar el tablero de mandos y, de un salto, pistola en mano, se colocó en el centro de la cabina.

Lo que vieron sus ojos le dejó paralizado por el asombro:

¡La astronave se estaba elevando sola, sin un hombre que la dirigiese!

Movió la cabeza en torno suyo para cerciorarse bien. En uno de los rincones halló a cinco cuerpos tendidos en grotescas figuras. Rápidamente avanzó hacia ellos.

Eran los tripulantes de la astronave, y estaban muertos, con las caras desfiguradas por un gran terror ¡Como si hubiesen sabido antes de morir que llevaban la muerte dentro de sus cerebros y no pudiesen haberla apartado de sí!

Max se estremeció.

Aquellos cinco muertos eran una buena muestra del tenebroso poder de la máquina que dominaba a la humanidad.

Y, ahora, ¿qué sería de ellos?

Sino estaban muertos también era porque «ella» no había

querido; eso era innegable.

Miró la pantalla transparente de la astronave y comprobó que se estaba elevando a mucha velocidad. La parte norte del continente americano se veía con perfecta claridad y de océano a océano.

Aterrado por su descubrimiento, emprendió el camino de regreso hacia donde estaba Miriam y Serge. Los encontró nerviosos y anhelantes por su larga ausencia.

Su cara debía ser muy expresiva, porque Aldisio preguntó:

—Estamos perdidos, ¿verdad, Max?

—Eso me temo; los tripulantes están muertos. Creo que debieron sufrir una descarga que paralizó sus mentes hasta causarles la muerte.

—¿Estás seguro de que no viven? —insistió Serge, dudando después de lo que había visto en la mina con los guardianes.

—Por completo, y la muestra es que no respiran. Tienen los corazones paralizados.

—¡Es horrible! —exclamó Miriam.

—Sí, lo peor es pensar que ahora mismo puede estar controlando nuestros pensamientos, incluso matarnos como ha hecho con esos hombres.

—Son demasiadas las víctimas que ha causado, Joffer —comentó el otro hombre.

—¡Nos tiene bajo su dominio! ¿Qué sorpresa nos guardará?

—No lo sabemos, Miriam; pero nada bueno, por descontado. A lo mejor piensa estrellar la astronave en el Pacífico, o dejarnos vagar infinitamente por el espacio, como un satélite de cualquier planeta.

—No lo creo, Joffer —intervino Aldisio—; pues para «ella» sería muy sencillo eliminarnos ahora mismo.

—Entonces, ¿qué crees tú?

—Mi opinión es que nos lleva a la Luna.

—¿A la Luna? —repitió la joven, desconcertada.

—Sí, allí nos hará una demostración de su poder, nos enseñará a los demás hombres como si fuésemos criminales… ¿Quién sabe?… Lo que sí presiento es que nos lleva junto a «ella»

Miriam y Max observaron a su compañero con extrañeza, temiendo que «CMDMO-Cero» estuviese dentro de él

Aldisio comprendió el significado de aquellas miradas y añadió:

—No, no está dentro de mí. Lo sé, porque cuando llegué a Chugatna nos dominaba mentalmente y lo sentía. ¿Vosotros no?

—Sí, yo también —corroboró Joffer.

—Y yo —dijo Miriam.

—Pensad en otra cosa. Sé que es una idea muy hipotética, pero factible. Cabe la posibilidad de que haya perdido su dominio sobre nuestras mentes y, al enterarse por medio de los tripulantes o de cualquier otra persona, que nosotros nos proponíamos ir a la Luna en esta astronave, pensó apoderarse de nosotros de esta manera, encerrándonos en un féretro de acero, que para «ella» es fácil de manejar, pues, le basta uno de los controles remotos.

—Es verdad, Joffer —asintió Aldisio—. También puede ser lo que tú dices.

—Podemos saber si es así saliendo de la astronave.

—¿Y si nos domina y nos mata? —objetó Miriam, sobrecogida por tal idea.

—Ése es un riesgo que debemos correr. La mejor forma de sucumbir es permanecer de brazos cruzados, pero nosotros no lo haremos. ¡Mientras haya un hálito de vida en nuestro interior, lucharemos!

—Desde luego, Max; estoy contigo.

—Gracias, Serge, ahora nos mudaremos a la cabina de mando.

Miriam y Aldisio no se hicieron de rogar, y pronto los tres corrían hacia el lugar donde estaban los cinco cadáveres.

Max se cuidó de cerrar bien la compuerta herméticamente y aislar la cabina por completo.

—¡Estudia todos los mandos, Serge! —aconsejó.

Él también hizo lo propio, mientras la astronave continuaba su vuelo a velocidad hiperlumínica. En pocas horas estarían en la Luna, y Max creyó que deberían desprenderse del casco del navío antes de entrar en el círculo de atracción del satélite, ya que entonces hasta la cabina se vería atraída.

—Mira la computadora de altitud, Serge.

—Sí, Max; estamos a mil kilómetros y saliendo de la exosfera.

—¡Estad preparados! ¡En cuanto salgamos de la zona de atracción, nos separaremos!

—Mirad, aquí hay algo que puede ser lo que buscamos —dijo Miriam.

Y señaló unos mandos empotrados en la pared de acero y sobre los cuales se podía leer: *En caso de extremo peligro, impulsar la palanca.*

Los tres vieron la palanca citada. Ahora, ya tenían lo que deseaban. Sólo faltaba esperar el momento oportuno y accionarla.

—¿Lo hacemos ya, Max? —inquirió Serge.

—No, esperemos a situarnos cerca de la Luna. La carga propulsora e individual de la cabina puede ser muy limitada y quedarnos en el espacio.

—¿A qué distancia piensas que debemos separarnos?

—A 380.000 kilómetros de la Tierra, cerca ya de la atracción lunar. La computadora de altitud nos dirá el momento indicado.

—De acuerdo.

—Podéis sentaros, tenemos para más de dos horas de viaje, aunque el tedio nos las hará más difíciles de pasar.

—Me gustaría saber cómo van las cosas en Chugatna y en la Luna.

—Pronto lo sabremos, Aldisio.

Luego, Max se acercó a Miriam y se sentaron juntos.

* * *

La sala de control de la base minera de Chugatna era un hervidero de hombres que manejaban los controles y otros que, con las armas en la mano, corrían de un lado para otro, cubriendo las entradas.

Fuera, unos guardianes habían logrado apoderarse de unos cuantos fusiles desintegradores y trataban de reducir a los rebeldes.

—¡No tengáis miedo! —vociferaba Matour, enardecido por la lucha.

Él y Pascek habían tomado el mando, y mientras uno dirigía los aparatos con algunos científicos liberados, el otro se encargaba de detener a los guardianes.

Aun así, las cosas se complicaban cada vez más. Ellos, por temor a matar, no usaban los desintegradores, pero los guardianes no pensaban de la misma manera y disparaban.

Frente a la entrada principal, dos hombres, además de Pierre, mantenían a raya a media docena de adversarios.

—¡Cuidado! Seguid disparando para que no se atrevan a asomar las narices…

Pierre era un hombre que, con su sola presencia influía ánimo guerrero al más pusilánime. Vociferaba como un energúmeno y parecía tener el dedo pegado al gatillo de la pistola paralizadora.

Sabían que los otros estaban allí, que en cuanto les permitiesen asomar las bocas de los rifles lo desintegrarían.

—¡Matour! —le llamó una voz a sus espaldas.

Era Pascek, quien añadió, cuando el hombre se volvió hacia él.

—¡Debéis contenerlos, sin dejar que se acerquen más! ¡Ya tengo bajo control toda la mina!

—¿Y esos?

—No hay remedio, «CMDMO-Cero» los tiene dominados por completo y todo cuanto hagamos será inútil.

—¡Pues disparan como diablos! —protestó Pierre. Y añadió—: ¡En uno de esos tiros nos van a volatizar!

Después de estas palabras, Matour se encaró con los dos hombres que seguían disparando rayos paralizantes.

La sangre se le heló en las venas al comprobar que no estaban, ¡que habían desaparecido!

—¡Maldición…!

No pudo seguir su juramento. Frente a él, apareció un guardián armado con uno de aquellos fusiles desintegradores y con claras intenciones de dispararlo contra él.

Su pistola escupió una carga doble de rayos y el guardián quedó petrificado, con el dedo ya curvado sobre el gatillo.

Los otros que estaban detrás de él vieron caer a su compañero y debieron decidir actuar con más prudencia, ya que cesaron en su ataque.

—¡Tráeme uno de esos desintegradores, Pascek!… ¡Han muerto dos hombres más y no estoy dispuesto a consentir más muertes, aunque no sepan lo que hagan, como tú dices!

—Sí, Pierre; debemos dominar la mina, por lo menos hasta que Joffer y Aldisio lleguen a la Luna. De no ser así, todos moriremos —asintió Ian.

El científico volvió sobre sus pasos. Al poco rato regresaba con un fusil entre las manos.

—¡Tómalo, Pierre; pero por el amor de Dios, ten cuidado! No me

gustaría tener sobre mis espaldas la muerte de personas inocentes…

Pierre, casi sin escuchar las palabras de Ian, se apostó en el borde de la puerta y preparó el fusil.

¡De ahí en adelante, los que quisieran entrar habrían de jugarse la vida!

VIII

Max observó la computadora de distancias. Faltaban escasos segundos para alcanzar la proximidad deseada de la Luna; un tiempo en que recorrerían miles de kilómetros.

De pronto, los números 380.000 saltaron ante sus ojos y su mano accionó la palanca de seguridad con brusquedad, casi con rabia infinita, deseoso de saber lo que iba a ocurrir a continuación.

Notaron que la velocidad aumentaba, ya que el aislamiento de la cabina les impedía percibir la separación o desmembramiento de los cuerpos del cohete.

—¡Ya está! —rugió Max.

Miriam y Aldisio transpiraban copiosamente, con el temor de que «ella» hubiese previsto aquello.

Con ojos dilatados vieron ante la pantalla visora cómo la astronave, sin la proa, continuaba su camino junto a ellos para perderse en seguida en la negrura del espacio.

—¿Cómo estáis? —pregunté el joven.

El hombre y la mujer asintieron afirmativamente.

De momento, sólo de momento, todo marchaba bien.

Max se acercó al tablero de mandos y se cercioró de que todo seguía normal. Únicamente los aparatos que unían la cabina con la parte principal de la astronave habían dejado de funcionar.

—¿Dónde quieres alunizar, Max? —preguntó Serge, mientras su cara iba recobrando el color normal.

—En la parte donde está situada la ciudad. Lo difícil será atravesar la cúpula protectora.

—¿No hay entradas?

—Sí, pero están todas controladas por «CMDMO-Cero» y los puestos de vigilancia le notificarán nuestra llegada.

Miriam se levantó, para acercarse a Joffer. Su rostro, bajo la tensión de los peligros que estaban soportando, se había afilado.

Eran demasiadas emociones para una muchacha, aunque fuese tan decidida como ella.

—Yo quiero ser útil en algo, Max —dijo, con voz plañidera.

—Habrá trabajo para todos, Miriam; pero, de momento, prefiero que permanezcas a la expectativa. Hasta ahora, sólo sabemos que

«CMDMO-Cero» no controla nuestros cerebros, lo que supone una gran ventaja para nosotros.

—Max, cuando estaba en Chugatna, intenté escapar tres veces seguidas, hasta que la última tropecé contigo. De no ocurrir así lo hubiera repetido muchas veces más

«Por favor, déjame hacer algo.

—Está bien, querida —accedió Max.

El joven rebosaba satisfacción. ¡Aquello era mucho más de lo que había esperado jamás!

¡Tenía una mujer como las de antes! Bueno, no era su mujer todavía, pero pensaba casarse en cuanto «CMDMO-Cero» dejase de mantener su influencia sobre la humanidad.

Mientras Aldisio se acercaba a los mandos y los maniobraba para empezar a orbitar alrededor de la Luna, los dos jóvenes se abrazaron y se fundieron en un largo beso, producto de un amor puro, que una máquina había hecho olvidar a millones de seres repartidos por toda la geografía de la Tierra.

Cuando la caricia terminó, Max se dijo que lucharía con más ahínco aún. Pensaba recibir más besos como aquél y para ello habría de luchar muy duro.

—¡Orbitamos! —anunció Serge.

Max pensó en su madre. No temía por ella, ya que estaba seguro de que la mujer seguiría su vida cotidiana con toda tranquilidad, pensando que su hijo estaba efectuando una misión especial para «ella».

—¡Déjame a mí los mandos, Serge; conozco un par de entradas desde las cuales podremos acercarnos rápidamente a la otra mitad ocupada por ese «chisme»!

Joffer orbitó por el contorno de la ciudad gigante, sin sobrevolar los edificios de «CMDMO-Cero». Cuando creyó llegado el momento de descender verticalmente, encendió los cohetes de dirección y la popa de la cabina se encaró hacia el satélite, acercándose a velocidad vertiginosa.

—Prepara las armas, Serge —pidió el joven.

Miriam ayudó a Aldisio y las pistolas paralizadoras quedaron prestas para entrar en acción.

Bruscamente, sintieron un choque que les hizo bambolearse, y luego el borde de una cúpula transparente pasó ante sus ojos.

—Estamos en Megápolis II… ¡Miriam, ven! —gritó Max.

La muchacha pareció saltar sobre sus pies.

—¿Qué quieres, Max?

—He visto que sólo hay tres centinelas. Nosotros, Serge y yo, nos esconderemos, mientras tú procuras entretenerlos. Quizá consigamos quitarlos de en medio antes de que comuniquen nuestra llegada.

La orden del joven fue acatada rápidamente por la voluntariosa joven, quien tomó los mandos de la cabina, aunque ya ésta se había parado.

—Cuando te avise, pulsas este interruptor —añadió Max—. Es el sistema de abertura de la compuerta.

—Sí, cariño…

Max corrió hacia el lugar donde estaba Aldisio, tras unas computadoras, y se agachó para ocultar su cuerpo.

—¿Estás seguro de que eran tres?

—Eso creo, Serge… ¡Ahora, Miriam!

La muchacha obedeció. Notaron que una bocanada de aire templado penetraba en la cabina, indicándoles que los centinelas ya deberían estar a punto de pasar a la nave para la inspección.

Unos pies resonaron al pisar el suelo de la cápsula y los dos hombres ocultos contuvieron la respiración.

—¿Su nombre? —gritó alguien.

—AZAs523871.

—¿Qué hace en esta cabina?… Las mujeres no viajan en nuestras astronaves regulares…

—Hubo un accidente con la nave en que yo venía a la Luna y…

—¡Miente!

Max no podía ver al guardián, pero sí a Miriam, y la muchacha empezaba a perder su aplomo ante un interrogatorio tan brusco. Sin embargo, no le era posible salir de su escondrijo porque, debido a la posición de la compuerta, el otro debía estar de cara.

—No miento, es la pura verdad…

—Yo le repito que es falso. ¡«Ella» no permite accidentes! ¡Es perfecta!

La alusión fanática correspondía a «CMDMO-Cero».

Pasos de dos hombres más fueron oídos por Aldisio y Joffer. Los tres guardianes que el joven había visto debían de estar dentro.

—Le explicaré cómo sucedió todo —continuaba defendiéndose la muchacha.

—¡Salga!

Miriam se levantó del sillón de mandos, mientras los dos rebeldes, aunque no veían, se guiaban por el ruido de los pies. La joven se acercó a la compuerta y los tres guardianes empezaron a caminar tras ella.

Max no esperó a más. Se alzó con toda la rapidez de sus músculos y asomó la cabeza fuera de la computadora.

Los tres hombres estaban reagrupados a un metro de Miriam, con fusiles desintegradores en las manos. Disparó dos veces consecutivas considerando que ambas descargas serían suficientes para paralizarlos.

Y así fue. Quedaron rígidos como estatuas y, luego, al perder el equilibrio, se desplomaron al suelo de la popa de la astronave.

Aldisio no había tenido tiempo de disparar siquiera y miraba al joven, asombrado por la rapidez de éste.

Miriam dio media vuelta y se echó en los brazos de Max temblando de pies a cabeza, mientras susurraba:

—¡Qué miedo he pasado, amor mío! ¡Esos hombres tenían una mirada esquizofrénica!

—¡Déjalos, no tienen idea de lo que están haciéndose a sí mismo! —la calmó él.

—¿Tomamos sus armas, Max? —preguntó el otro hombre.

—No, llamaríamos demasiado la atención. Dispárales de nuevo, para que tarden más tiempo en recobrarse.

Serge encañonó a los caídos y los rayos de su pistola les rodearon por un instante.

—Vamos, a partir de ahora necesitaremos unos nervios de acero para pasar inadvertidos. Esta ciudad es la más mecánica y perfecta que jamás hayáis podido imaginar.

Recordó su experiencia cuando salió de su casa y tomó el bólido que no le pertenecía. Ahora, al ser tres, no podrían dar ni un solo paso.

—Improvisaremos, según la marcha de los acontecimientos —añadió.

Sabía que Miriam y Aldisio le seguirían hasta la muerte, además de que ellos no conocían Megápolis II.

Salieron de la cabina y descendieron por la escalerilla adosada al fuselaje.

¡La única forma de conseguir sus propósitos sería usar los defectos que «ella» tenía en su perfección!

Por ejemplo, en aquel astropuerto sólo había tres guardianes porque, para «CMDMO-Cero», que todo lo controlaba mentalmente, eran más que suficientes.

Unos edificios, de formas lisas y simples, aparecieron ante ellos. Tenían el color pálido del acero, pero brillantes y limpios. Bordearon uno de éstos y salieron del astropuerto.

Max sabía que, para entrar en «CMDMO-Cero», tendrían que recorrer una distancia aproximada de mil kilómetros, parte de ellos debían hacerlos a pie.

—Hay que tomar un bólido. Vosotros seguidme e imitar mis actos cuando yo os avise —dijo Max.

Sobre sus cabezas pasó uno de los vehículos que necesitaban, aunque su velocidad impidió ver el punto de procedencia.

—Deben salir del otro lado del astropuerto —indicó Max.

Los tres rodearon el lugar, con intención de acercarse a los bólidos y montar en uno de ellos, cosa que les ahorraría mucho tiempo y trabajo.

No supieron exactamente el tiempo que tardaron en alcanzarlo, pues Max les repetía constantemente que no debían apresurarse, que allí todo el mundo caminaba despacio. Se encontraron frente a una docena de aquellos vehículos.

Algunas personas caminaban hacia el primero.

—Tenemos que ocupar el sitio de tres de ellos para que los demás no den la alarma. Si preguntan algo, decid que sois nuevos, recién llegados de la Tierra.

—¡Y pensar que les estamos salvando! —exclamó Serge, consternado.

—Bueno, no preocuparos por eso. Lo importante es subir a ese bólido, que no tardará en salir.

Se hallaban en uno de los lados de lo que parecía un pasillo de acero, con edificios a ambos lados. Junto a ellos pasaba muy poca gente, y el lugar no era apropiado para silenciar a dos hombres y una mujer.

Si hubiera habido un jardín, árboles o algo parecido, la cosa

hubiese cambiado notablemente, pero no había nada de ello.

—Allí, en el recodo de aquel edificio, Max —advirtió Aldisio, caminando ya hacia el punto que él había mencionado.

Max vio cómo su compañero se apostaba en la esquina, con la pistola preparada. Era cuestión de pasar al ataque y guardarle las espaldas a Serge para que no fuese descubierto.

No hizo falta que esperasen mucho tiempo. Dos hombres surgieron ante Serge y éste los fulminó con una descarga paralizadora, antes de que hubiesen tenido tiempo de darse cuenta de lo que les sucedía.

Joffer y Miriam continuaron su vigilancia, pues todavía faltaba uno. Mejor sería una mujer, pero las circunstancias mandaban.

El destino quiso que fuese un hombre, y Serge no lo pensó dos veces. Luego, entre los tres, apartaron un poco los cuerpos para que no llamasen tanto la atención y siguieron su camino hacia el bólido.

Max tuvo que detener a Miriam, quien había empezado a correr como si fuese perseguida por una legión de perros rabiosos.

—Perdona, querido; no me di cuenta.

Él forzó una sonrisa para calmarla y continuaron su camino hacia lo desconocido.

En el interior del vehículo volador fueron objeto de miradas de extrañeza, pero como el número de ocupantes no había sido rebasado, su presencia no despertó demasiada curiosidad.

Miriam y Aldisio, que no estaban acostumbrados a aquella manera de comportarse, estaban como embobados y aterrorizados al mismo tiempo.

Y no era para menos. ¡Jamás la humanidad había caído en un estado tan bajo como entonces! Bastaba mirar aquellos rostros para que el alma se partiese en mil pedazos.

Parecían autómatas.

Dos minutos más tarde penetraban en «CMDMO-Cero». El bólido se posó en tierra y los pasajeros comenzaron a descender lentamente. Cada uno partió hacia su destino y penetró en la gigantesca máquina por diferentes entradas.

Max prefirió elegir otra entrada a la que siempre había usado para evitar que alguien pudiese reconocerlo, aunque esto era poco probable, porque había pasado un mes justo y, como era normal, no había establecido amistad con nadie, aparte de lo relacionado con el

trabajo.

Atravesaron una gigantesca entrada de acero niquelado. Max era el que iba más tranquilo de los tres, aunque no tenía idea de lo que deberían hacer ni de cómo entrar en «CMDMO-Cero».

Lo que sí sabía era que debería paralizar su tenebroso mecanismo.

Pero ¿adónde dirigirse en el interior de aquella colosal extensión de máquina? ¿Cómo saber el lugar en que se hallaba el cerebro electrónico principal?

El joven se hacía estas preguntas mientras seguía caminando. Lo único que podía hacer era seguir adelante y no detenerse ante nada. Mentalmente, lamentó no disponer de un fusil desintegrador.

Dirigió sus pasos hacia su antiguo puesto de trabajo, el único lugar que conocía como la palma de su mano.

Tal y como pensaba, encontraron allí a otro hombre que ocupaba su puesto, el cual le echó una mirada de extrañeza al ver a dos hombres y una mujer juntos.

Era alto y de recia constitución.

—¿Qué les ocurre? —inquirió.

Max, sin perder detalle de los instrumentos que él había manejado durante años, contestó:

—Venimos a pasar la Revisión.

—¿Los tres?… Espere, miraré las fichas. Díganme sus nombres…

—No hará falta.

—¿Cómo…?

Max desenfundó la pistola y lanzó una descarga contra el hombre, quien quedó inmóvil sin saber lo que le había ocurrido.

¡Ya no podían volverse atrás!

Joffer fue hasta donde se encontraba el individuo aquel y lo tiró del sillón en que se hallaba sentado. Luego, ante los ojos inquietos de Miriam y Aldisio, comenzó a manipular en los contactos y a anular sus efectos.

Por lo menos, una parte de «CMDMO-Cero» quedaría inutilizada. Era consciente de sus actos y sabía que, estando allí, «ella» no tardaría en captar sus ondas mentales y dominarlos, incluso matarlos con una descarga telepática.

Miriam Stanley veía al hombre que amaba moverse como una fiera, actuando con una rapidez vertiginosa.

—¡Venid conmigo! —gritó él.

Aldisio empuñaba su pistola, cubriéndole las espaldas a su amigo, aunque de momento nadie se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

Ambos siguieron los pasos de Joffer, quien se aproximó a una puerta. Max no la había atravesado jamás, pero, en algunas ocasiones, pocas por cierto, vio a científicos que la cruzaban para regresar al cabo de unos segundos.

Súbitamente, un empleado de «ella» apareció ante el hombre que habían paralizado y lo miró con desconcierto, asombrado ante aquel hecho tan extraño.

—¡Date prisa, Max! —urgió Serge, nervioso.

—¡Dispárale! —replicó Max.

Luego, mientras Aldisio obedecía, él pulsó los mandos de seguridad de la puerta, hasta que ésta se abrió lentamente, como si no fuese de su agrado sacar a la luz los secretos que tras ella se guardaban.

Joffer tomó a Miriam de la mano y la empujó hacia dentro.

—¡Corre, Serge!

El aludido acababa de silenciar para un par de horas al inesperado visitante y ahora se volvió como un rayo.

En cuanto Max cerró la puerta a sus espaldas, los tres movieron la cabeza en torno suyo. ¡No había un solo ser humano!

Hilos electrónicos, condensadores, baterías, cables y más cables formando un abultado y extraño amasijo. ¡Allí deberían guardarse las fichas mentales de millones de hombres y mujeres!

Max fue directamente hacia la palanca de conexión, calculando que aquél era el medio más seguro de anular una millonésima parte de «CMDMO-Cero»,

Las agujas de decenas de aparatos se pararon en seco y descendieron a cero.

—¡Bravo, Max; llevamos buen camino! —exclamó Serge, al ver los avances de Joffer.

—No lo creas, Serge; esto no significa nada en absoluto. Al contrario, sus sistemas de emergencia deben de estar buscando ya la manera de solucionar estos problemas —repuso el joven, menos optimista.

—¿Es cierto eso, Max? —preguntó Miriam.

—Desde luego, querida; pero tenemos que seguir. Aquí debe de haber alguna salida, o conducto que nos lleve más al interior.

Aldisio encontró lo que buscaban. Era un pasillo muy reducido y en cuyas paredes se veían manojos de cables.

Serge se colocó de lado y fue el primero en atravesar el pasillo. Lo hizo con sumo cuidado, para no rozar ningún cable ante el temor de que condujesen electricidad de alto voltaje. Detrás de él, avanzaron Max y la muchacha.

El pasillo se les hizo interminable, como de kilómetros y kilómetros de longitud, cuando sólo tenía unos diez metros. Al llegar al otro lado, respiraron aliviados.

—¡Uf!… ¡Creí que esos hilos comenzarían a soltar chispas y allí nos quedaríamos!

—No lo pienses más, Aldisio; debemos proseguir. A lo mejor, acertamos en que uno de estos ficheros sea el nuestro.

La idea de Max no iba desencaminada, por lo menos en lo que a él se refería; era menos probable que los controles mentales de Miriam y Aldisio se encontrasen en aquel lugar.

Tardó segundos en inutilizar todos los aparatos existentes a su alrededor. Observó que las reducidas estancias tenían salidas que se comunicaban con otras y así sucesivamente.

Les llevaría años enteros el anular todos los aparatos uno por uno. Max pensaba en algo más positivo. «CMDMO-Cero» debería tener una central atómica que le suministrase de energía, esto era innegable.

Sus pensamientos se vieron truncados repentinamente por el alarido infrahumano lanzado por Miriam.

—¡Max, nos ha descubierto…!

Los vio. Sus dos compañeros habían caído al suelo y se retorcían apretándose la cabeza con las dos manos. Sus ojos, aterrorizados, bailaban en los párpados.

Max se tambaleó ante la impresión de aquel espectáculo tan horrendo. ¡Comprendió que no podía hacer nada! ¡La mujer que llevaba dentro de su corazón y su compañero iban a morir! «Ella» los había atrapado.

¿Y él? ¿Por qué no le ocurría lo mismo?

Su cerebro daba vueltas y más vueltas, en busca de una solución por difícil que esto pareciese.

—¡Max…, ayúdanos! —profirió la joven, con voz entrecortada.

Se inclinó sobre ella y la sujetó por los brazos. Miriam respiraba fatigosamente y le costó un gran esfuerzo el poder reducirla, pues debía estar a punto de sufrir un ataque de histeria.

De reojo, comprobó que el estado de Serge era idéntico, aunque el hombre no gemía.

—¡Espera, Miriam; haré cuanto pueda!

—¡Está dentro de mí…! ¡Dice que tú también morirás!

El joven se sintió impotente de salvarlos. ¿Qué podía hacer él?

—¡Miriam…!

—Escucha, Max; dice que estamos locos… Hemos atentado contra «ella» y dice que moriremos todos —continuó hablando la muchacha.

Cada vez tenía los ojos más quietos.

¿Qué esperaba «CMDMO-Cero» para no causarles la muerte instantáneamente? ¡Era imposible que una máquina tuviese deseos de martirizarlo a él haciéndole ver la muerte de la persona en quien había puesto sus ilusiones!

—¡Escapa, Max…! ¡Destrúyela! —exclamó Serge, entre gritos de dolor que atenazaban el corazón del joven.

—¡No puedo! ¿Cómo voy a dejaros aquí?

Aldisio, dentro del estado en que se hallaba, no dejaba de pensar en que Joffer había sido más favorecido. ¡Era el único que podía vengar sus muertes, aunque sus vidas no importaban!

Lo esencial era la humanidad.

—¡Hazlo, Max…! Debes hacerlo. —La voz de Serge se convirtió en un rugido—. ¡Olvídate de nosotros, tienes una ocasión y no debes desperdiciarla! Recuerda a Pascek y Matour, ellos confían en nosotros.

—¿Y Miriam…, y tú?

Max dudaba. Algo más fuerte que él le impedía dar un solo paso para alejarse. Su mente, embotada por aquella súbita desgracia, no alcanzaba a comprender el que no pudiese hacer nada por salvarlos, teniéndolos allí delante de él.

La máquina… ¡Maldita máquina!

—¡Max Joffer!

Era Serge Aldisio.

—¿No me oyes?

El joven estaba como atontado. Habían sido demasiadas emociones y muy fuertes los castigos en Chugatna.

—¡Escucha, Max, tienes que seguir! ¿No comprendes que dispones de una oportunidad inmejorable? Tu cerebro está libre… ¡Libre!

Joffer soltó las manos de Miriam y se levantó. Entre los tristes y pesimistas pensamientos que cruzaban su mente había uno que le decía:

«Debes hacer caso a Serge. ¡Es la última ocasión y tú no puedes hacer nada por ellos! Morirán igual…»

—Sí, tienes razón —dijo, en voz alta.

Los pálidos labios de Aldisio esbozaron una sonrisa y, cuando iba a proferir algo, todo su rostro se contrajo en una mueca de dolor pavoroso.

¡Hubiese preferido una herida sangrante, una enfermedad! No aquello.

Era demasiado inhumano y cruel. ¡Saber que tienes la muerte metida en el cerebro, llegar a la plena convicción de que vas a morir y de que nada ni nadie puede salvarte!

Max apretó los puños con rabia y dio media vuelta.

¡La central nuclear!

Todo se borró de su mente. Sólo pensaba en la central nuclear.

Bastaría unos movimientos equivocados y «CMDMO-Cero» saltaría por los aires en la explosión más gigantesca de la historia.

¡Toda la Luna se convertiría en meteoritos, que viajarían por los siglos de los siglos por el espacio! Y con ella cuatrocientas mil personas…

Era la única manera. Sacrificaría medio millón por salvar a cientos que habitaban en la Tierra.

IX

Max abandonó aquella estancia, en la que dos personas estaban a punto de morir, y penetró en el pasillo de comunicación que la unía con otra. Ya no sabía dónde dirigirse exactamente.

¡Tenía que encontrar el «corazón» de «CMDMO-Cero», y eso bastaba!

Llegó a una habitación de mayores dimensiones, rectangular. Y prosiguió su camino de pasillo en pasillo y de habitación en habitación.

De pronto, cuando menos lo esperaba, una escalera en espiral apareció ante él.

Se detuvo un instante. ¿Qué significaba aquello?

La escalera sólo podía indicar que era para humanos, pues un cerebro electrónico no sube peldaños. Le asaltó la duda de si habría sido construida por los científicos que inventaron a «ella».

Sin embargo, algo le hizo desenfundar la pistola. Hubiese dado media vida por encontrar hombres, seres de carne y hueso con quienes luchar y perecer, si era necesario.

¡Cualquier cosa antes que una máquina!

Su descenso por la escalera fue una verdadera carrera contra reloj. Un par de veces resbaló y cayó rodando como una pelota, lastimándose todo el cuerpo sin que él se percatara del daño.

Tres palabras llenaban su cerebro:

¡Tenía que seguir!

La escalera en espiral parecía conducir al verdadero infierno. Transpiraba. El sudor le resbalaba por las ropas, desde el cuello hasta la cintura. Tenía los ojos inyectados de sangre.

Llevaba bajando bastante rato cuando la escalera se terminó. Al mirar en torno suyo se vio en un rellano y, a ambos lados de este, una frente a otra, se abrían dos puertas.

Una corriente de aire fresco le azotó el rostro. Era la ventilación, indicio claro de que allí había seres vivientes. Podían ser seres de otros planetas, un científico demente, un grupo de hombres con pretensiones de apoderarse de la Tierra.

Las hipótesis eran disparatadas, pero ¿qué podía pensar en aquella situación?

Una vez más, lamentó no poseer un arma más efectiva que la pistola paralizadora.

Optó por atravesar el umbral de una de aquellas puertas y, según lo que descubriese, volver hacia la otra. Lo hizo sin más dilación, con impaciencia.

La pistola le quemaba en la mano.

En cuanto sus ojos observaron lo que tenía delante palideció. La sangre pareció congelarse en sus venas.

Enfrente había un reactor atómico de unas dimensiones que jamás había podido imaginar. Era cuadrado, con pasillos colgantes y escaleras a su alrededor.

En los lados de aquella sala, cuyo extremo opuesto veía a mucha distancia, había millones de luces, unas verdes y otras rojas como la grana. Bajo tal cantidad de puntitos encendidos, unos tableros parecidos a computadoras.

Max echó en falta los cables que unían aquellos instrumentos. Debían de estar empotrados o adheridos a la pared. Aquello sobrepasaba el límite de lo posible y entraba en los sueños, en lo alucinante.

¡Había llegado a su meta!

Una sonrisa de triunfo curvó los labios de Max Joffer. Ahora dio un paso adelante. Cuando iba a dar el segundo una voz le contuvo.

—¿Te gusta «CMDMO-Cero», JZAs946573?

La voz hirió los tímpanos del joven y se revolvió en busca del lugar donde procedía.

No halló nada, absolutamente nada. Un silencio grave, espeso, reinaba a su alrededor. ¡Estaba solo!

—¿Quién habla? —rugió Max, girando sobre sus pies hasta dar una vuelta completa.

—¿Ya no me recuerdas, JZAs946573?

—¿Quién es?… ¡Salga y dé la cara!

—¡Ja, ja, ja! ¡Cierta vez me dijiste que la máquina, aunque fuese «CMDMO-Cero», no podía ser tan perfecta como el ser humano!… ¿Compruebas ahora lo que dije?

»¡Tienes miedo: eres débil!

Max cesó de girar sobre sí mismo. Era igual, la voz llegaba de todas partes.

—¿No me dirás que tú eres «CMDMO-Cero»? —preguntó,

levantando la vista y esperando la respuesta.

—¡Sí, yo lo soy!

—No me hagas reír, loco.

—¿Loco dices, humano? ¡Domino a la humanidad entera y puedo destruir la Tierra con sólo desearlo! ¿O acaso lo olvidas?

Max, impertérrito, sin moverse un solo centímetro, asintió.

—No lo olvido, pero tú también te destruirías. Te repito lo que te dije: este montón de acero, cables y el reactor no es nada… ¡Nada! El dedo de un hombre vale mucho más.

—Eres listo, JZAs946573; pero terco. Ya has visto lo que les ha sucedido a tus compañeros, a esa muchacha y al hombre.

—¿Los has matado?

—Todavía no. He dejado que sus mentes se confundan de tal manera que ellos mismos se autosacrificarán.

Joffer se estremeció, al comprender que aquello sería verdad. ¡Una verdad horrorosa, pero verdad! ¡Lo mismo que lo que acababa de descubrir!

—Y a mí, ¿por qué no me matas?

—Tú eres listo, muy listo, JZAs…

—¡Calla! Sabes que odio esos números. Has despreciado la mente humana, al Todopoderoso que nos creó, y ésa será tu perdición. Lo sé…

La voz se hizo quejumbrosa, enfurecida.

—¿Qué sabes, humano?

—Que eres un humano también, aunque con ideas de monstruo esquizofrénico. Estás completamente trastornado, eres un ser que no razona, ensoberbecido por un poder que no es tuyo, un poder imperfecto.

—No es imperfecto. ¡Mira a tu alrededor y verás cosas, máquinas, que ningún hombre ha logrado inventar!… ¡Yo eliminaré la raza que ahora puebla la Tierra, una especie que sólo sabe de odios y sentimentalismos, y la convertiré en algo superior!

Max empezaba a pisar terreno seguro y que ya conocía.

—Jamás lo lograrás… Siempre habrá alguien que se interponga en tus fanáticos deseos.

—La tuya es la última generación en que encontraré alguna resistencia, ¡créeme! —La voz hizo una pausa y luego añadió—: Únicamente he tenido un fallo…, y ha sido contigo. Te dejé llegar

hasta los archivos exteriores y he perdido tu onda, pero te tengo en mis manos. De aquí ya no saldrás jamás. Siempre me fijé en ti, en tus apuntes en aquella libreta, en tus pensamientos. ¿Sabes?, siempre han sido los más acertados.

—Sé adónde quieres ir a parar. Te ofrezco un pacto.

—Di.

—Si salvas a la muchacha y a mi compañero, accederé a tus órdenes.

—¡Mientes! Eres un bribón…

—Déjame demostrártelo. Dame un plazo de tiempo —insistió Joffer, aunque su cerebro, tal y como decía la voz, mentía

¡Él jamás abandonaría aquella lucha! Su deseo era ganar tiempo, minutos, segundos… ¡Lo que fuese!

Notó que la voz no le respondía y aquello le extrañó sobremanera. Podía tratarse de una nueva treta, un truco para eliminarlo por diferentes métodos.

Sintió un suave frote en el suelo de acero y se volvió hacia aquel punto.

¡Un hombre surgió ante él! Era alto, muy alto y extremadamente delgado. Carecía de vello, con piel grisácea y llena de arrugas y unos brazos desmesuradamente largos, casi como los de un simio.

Sus ojos, unas pupilas brillantes e inmóviles, estaban fijos en los de Joffer y lo miraban de una forma que hizo estremecerse al joven. La calvicie y los ojos era lo que más impresionaba.

Estaba quieto cerca del reactor.

—Aquí estoy. ¿Me ves ahora?

—Sí, «CMDMO-Cero»; te veo.

La mirada persistió, sólo que algo modificada. Max no le temía. Sabía que no podía matarlo y que su única ventaja era que podía controlar la vida y la muerte de Miriam y Aldisio.

—Estoy dispuesto a cumplir mi trato, Joffer.

Max notó que lo llamaba por su nombre. Aquello era una batalla más por la victoria final.

—Y yo también.

—No, tú no.

—Te digo…

—No hace falta que te esfuerces. Pero te diré que, si intentas algo contra mí, mátame rápidamente, que mi cerebro no tenga una

centésima de segundo para pensar en las dos personas que a ti te interesan. De lo contrario, morirán.

—¿Qué he de hacer yo?

—Te quedarás aquí, acatarás mis órdenes hasta que yo te convierta en «CMDMO-Dos Ceros». ¿Lo entiendes ahora?

Joffer sintió que las piernas le temblaban. La trampa era perfecta. Necesitaba a alguien y él había sido el elegido. ¡Su vida a cambio de la de Miriam, Aldisio y los hombres que estaban en Chugatna!

—Decide, pero sé leal. Es un consejo que te doy.

—Acepto.

Los labios de Joffer temblaron al musitar aquellas palabras. ¡Acababa firmar su sentencia de muerte!

EPÍLOGO

Miriam Stanley y Serge Aldisio dejaron de moverse convulsivamente, y sus rostros, poco a poco, fueron recobrando el color normal. Luego se miraron entre sí.

—¿Cómo estás, Miriam?

—Bien, ¿y tú?

—Me duele un poco la cabeza, pero no es gran cosa.

—¿Por qué estamos aquí, Serge?

—No tengo ni idea, quizás hayamos soñado.

—Sí, tienes razón.

¡Y los dos sonrieron como si nada hubiese sucedido!

Se levantaron y salieron de aquel cuarto lleno de instrumentos. Más tarde, atravesaron una puerta que luego cerraron a su espalda, y se hallaron ante un hombre que preguntaba a otro si venía a pasar la Revisión.

Salieron de aquel complejo mecánico, sin recordar siquiera que un hombre llamado Max Joffer había existido. ¿Qué iban a recordar, si sus cerebros estaban completamente dominados por «CMDMQ-Cero»?

Ambos se dirigieron hacia un astropuerto —guiados sus pasos por una mente lejana— y subieron a una nave interplanetaria que les condujo a la Tierra, el planeta madre de la humanidad.

Cada uno volvió a su antiguo trabajo de antes de ser mandados a Chugatna. Aldisio tuvo ocasión de encontrarse con Pascek y los dos hombres se saludaron como si se hubiesen conocido años atrás. Luego cada uno siguió su camino y las cosas volvieron a su cauce normal.

El mundo no supo de la lucha de aquel grupo de hombres por acabar con el dominio de una máquina infernal que anulaba los sentidos de la mente.

¡«CMDMO-Cero» continuó ejerciendo su poder!

Pasaron días, semanas…, ¡años enteros!

¿Hasta cuándo seguiría aquel estado de cosas? La humanidad no podía proseguir así, le quedaba muy poco tiempo. Y lo peor era que ya nadie se rebelaba, nadie tenía la suficiente iniciativa propia para pensar como lo que Dios creó:

Un hombre.

* * *

Cierto día, algún tiempo después de que hubiese sucedido todo aquello, diferentes personas repartidas por toda la geografía de la Tierra reaccionaron de una manera extraña.

Hombres y mujeres, a partes iguales, empezaron a hacer cosas que jamás habían soñado intentar.

Por ejemplo, en el centro de África se erigió un edificio gigantesco, situado en lo que antiguamente fuera una insondable selva plagada de animales salvajes.

Grupos de trabajadores y miles de robots con «bulldozers» automáticos emprendieron la tarea, que al cabo de dos meses concluyó con la terminación de lo que parecía un palacio, aunque sin lujos ni cosas innecesarias.

Luego los trabajadores se fueron y aquello quedó solitario. Nadie pensó en averiguar el porqué habían construido aquello. Sólo días después tres hombres penetraron en el edificio y tomaron posesión de sendos despachos.

Más tarde, llegaron más hombres y mujeres hasta quedar completado el centro.

¡Acababa de formarse el gobierno central de la Tierra, dirigido por hombres previamente seleccionados! ¡Hombres sanos, de ideas rectas y perennes que dieron comienzo a su labor!

Se formaron nuevos centros de trabajo y de estudio y los habitantes de la Luna, poco a poco, empezaron a regresar a la Tierra, a un ritmo de unos mil por día.

Todo eso sucedía sin que nadie le prestase la más mínima atención. ¡Ignoraban que estaban pasando algo así como una transmutación! ¡Alguien estaba jugando con sus mentes!…

* * *

Miriam Stanley terminó las labores de la casa y se dirigió a la parte superior del edificio. La muchacha no había cambiado en absoluto. Tenía la misma jovialidad de dos años atrás.

Llegó ante una de las habitaciones y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —a sus golpes respondió una voz débil, aunque de tono agudo.

—¿Vamos a pasear, mamá?

La mujer que se hallaba leyendo sobre el lecho se levantó. Era ya entrada en años y su sonrisa era agradable.

—¿Qué paseo, Miriam?

—¿No lo recuerdas? Lo decidimos esta mañana…

La joven estaba extrañada, pareciendo no comprender la ignorancia sobre el asunto de la mujer mayor.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo…

—¿Vas a tardar mucho tiempo en arreglarte, mamá?

La mujer giró sobre sí misma, con una coquetería que hubiese sido normal veinte años atrás, y preguntó, ante la cara alegre y divertida de Miriam:

—¿Acaso no crees que vaya bien vestida?

—Oh, sí, desde luego.

Después del cumplido, las dos mujeres salieron de la habitación, bajaron al piso superior y luego a un subterráneo. Allí, en un hangar modernísimo, se encontraba un bólido listo para levantar el vuelo y recorrer grandes distancias en cuestión de minutos.

Se colocaron en la cabina de mando y, al instante, una rampa situada en el suelo se abrió, apareciendo los destellos de un sol muy brillante.

Miriam, la conductora, encendió los motores y el bólido despidió llamas por sus toberas. Dos segundos más tarde, soltó todo el gas y el bólido salió por el orificio abierto sobre su proa.

Quince minutos más tarde, se detenía en las estribaciones del Polo Norte, en Alaska.

Miriam Stanley, apenas hubo apagado las toberas del cohete, enarcó las cejas y miró el paisaje que se extendía a su alrededor. Le resultaba conocido,

¿Y la mujer que tenía al lado?

¡Se llamaba Julie Joffer!

Llevada por su instinto femenino, se levantó del asiento de dirección y, sin esperar a la mujer, salió del cohete. Se había provisto de un traje termostático, por lo que no sintió el frío exterior.

Corrió con todas sus fuerzas hacia el orificio que veía en el suelo. Ya sabía a dónde iba y quién la estaba esperando. El ascensor la condujo a las entrañas de Chugatna y el corazón le latió con más fuerza que nunca.

Una puerta se abrió y un hombre apareció ante ella.

—¡Max!

—¡Miriam!

Los dos jóvenes se abrazaron, al mismo tiempo que una emoción inusitada les embargaba por completo. Miriam comenzó a sollozar de alegría.

—¡Vaya, no sabes cuánto me alegran tus sollozos, querida; hacía tiempo que las mujeres no lloraban!

Y en aquel preciso instante, muchas mujeres derramaban lágrimas en la Tierra. ¡Los humanos comenzaban a sentir!

Miriam levantó la cabeza y su sorpresa fue en aumento al ver junto a ellos a Pascek, Aldisio y Matour. Estaban algunos hombres más que ella no conocía.

—¿Dónde has estado? ¿Qué ocurrió cuando saliste de aquel cuarto de control, Max?

—Muchas cosas, Miriam. ¿Y mi madre?

—Aquí estoy, hijo —repuso la voz de Julie Joffer, desde la salida del ascensor. Y añadió—: Esta juventud no espera. ¡Tienen prisa de vivir!

Max abrazó a su madre y la besó. Luego la presentó a todos los reunidos, quienes ya conocían las desventuras, aunque con final feliz, de Max Joffer.

Las únicas que lo ignoraban eran las dos mujeres y, como Miriam era la más nerviosa, fue la primera en preguntar:

—¿Dónde has estado, Max?

El joven sonrió.

—En la Luna. No me he movido de allí en estos dos años.

—Pero ¿y «CMDMO-Cero»?

—«Ella» ya no existe, Miriam… Murió hace un año.

—No lo entiendo, querido. Una máquina puede destruirse, pero no morir.

—«CMDMO-Cero» fue inventada, tal y como pensamos durante nuestra rebeldía, por un grupo de científicos que odiaban la guerra. Pensaron que así las evitarían y el mundo viviría mejor. Necesitaron

ayudantes y gente muy lista.

»Cuando ellos, los inventores natos, murieron, otros hombres se encargaron de hacerla funcionar, hasta que sólo quedó uno de ellos.

—¿Y los otros?

—Murieron todos, Miriam; ese hombre vivía dentro de «CMDMO-Cero» y me eligió a mí como su sucesor. ¿Te acuerdas cuando caíste bajo su poder tú y Aldisio?

—¿Cómo se me va a olvidar?

—Pues bien, lo encontré y llegamos a un acuerdo, que yo me vi obligado a cumplir hasta su muerte. Tu vida y la de Serge a cambio de mi ayuda.

—¿Y ha muerto?… ¡Oh, Dios mío, qué alegría!

A partir de entonces, las palabras de Max dejaron tan asombradas a las mujeres que ni siquiera se atrevieron a abrir la boca para demostrar su emoción.

—Durante ese año aprendí a manejar a «CMDMO-Cero», y luego, cuando el científico murió, se me presentó un problema de muy difícil solución: si paralizaba la máquina, la humanidad sufriría tal contraste y de tan brusca manera que sus consecuencias serían funestas.

«Entonces decidí sacar partido de mi situación. Continué manejándola, pero al mismo tiempo analizaba las vidas de muchos hombres y mujeres inteligentes, Miriam. ¿Sabes lo que he hecho? —Ante el silencio de la joven, añadió—: He formado un gobierno central, con hombres cuyas facultades han demostrado ser aptas para esa difícil tarea. También, con ayuda de cerebros electrónicos y computadoras, he revisado las mentes de toda la humanidad y procurado trabajar en ellas para darles una preparación adecuada. Para mí, sólo hubiese sido un trabajo inagotable, pero no te puedes imaginar la cantidad de inventos fantásticos que guarda «CMDMO-Cero»

»Hoy es el primer día de la Nueva Era, los hombres están encaminados en las tareas que mejor les van a sus caracteres. Si todo sigue como espero, el mundo habrá alcanzado un nivel de bienestar y paz muy difícil de superar.

—¿Quizás el «homo super»? —indagó Ian Pascek, interviniendo en la explicación de Max.

—Me conformo simplemente con el «homo»… civilizado y

consciente de su deber como tal, sea cual sea la Era en que viva.

¡Ninguno pudo negar que, dentro de tantos riesgos, «CMDMO Cero» había servido para mucho!

Max Joffer no pudo decir más. Estaba muy «ocupado» besando a Miriam…

FIN



Próximo número:

¡No se mueva, ahora pueden estar ahí! ¡Está en grave peligro!

PELIGRO INMEDIATO

VIC LOGAN

Precio: 9 ptas.

F